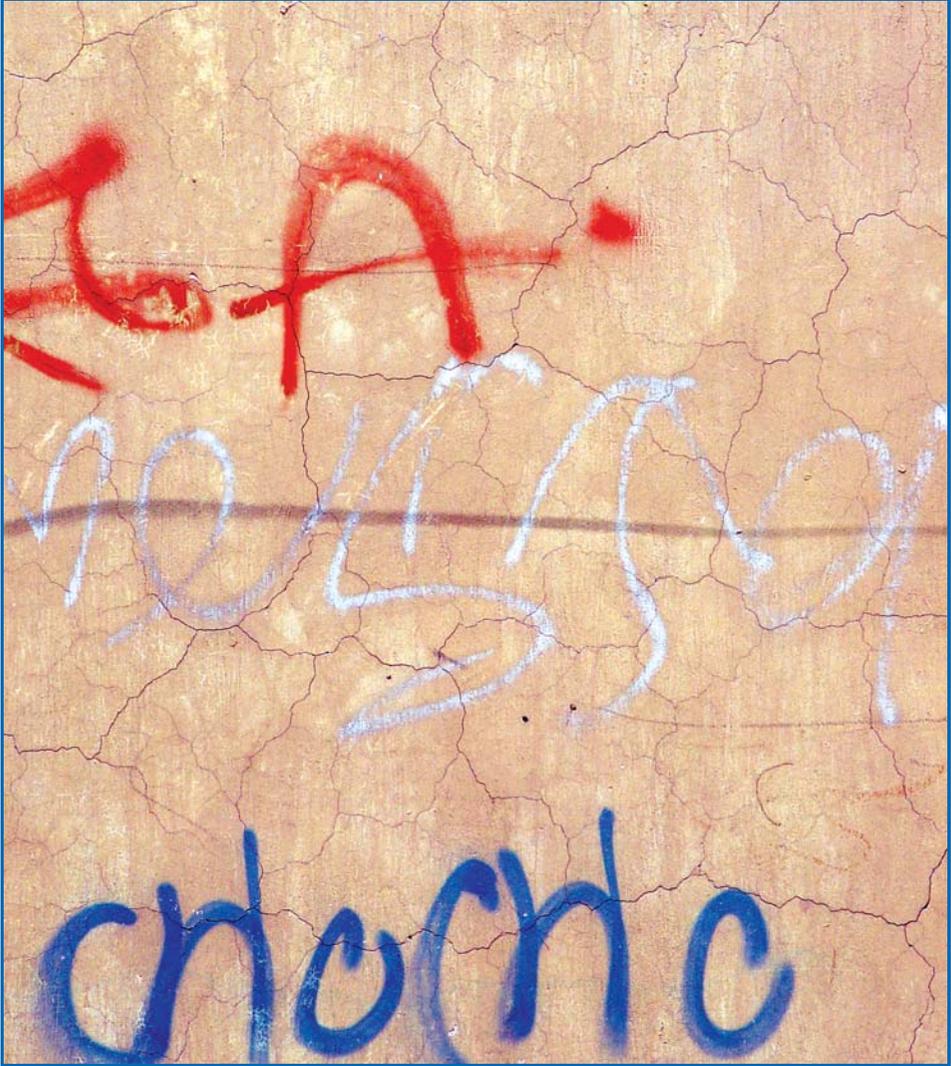


Luis Sandoval Godoy

MODOS DE HABLAR EN JALISCO



LAS
Culturas
Populares
DE JALISCO

Culturas^{LAS}
Populares
DE JALISCO

MODOS DE HABLAR EN JALISCO



Sí, cómo no: de lo que usted mande, de eso podemos hablar, pero hay que hacer la plática saboreada con un cigarro. ¿Gusta?

Luis Sandoval Godoy

MODOS DE HABLAR EN JALISCO

SECRETARÍA DE CULTURA
GOBIERNO DEL ESTADO DE JALISCO
2004

La Secretaría de Cultura del Estado de Jalisco agradece a Editorial Ágata, *El Informador* y la Dirección de Culturas Populares e Indígenas del Conaculta por su apoyo para la realización de la colección *Las Culturas Populares de Jalisco*. Asimismo extiende un especial agradecimiento a la Benemérita Sociedad de Geografía y Estadística por su valiosa participación en este volumen.

Primera edición, 2004

D.R. © Luis Sandoval Godoy

D.R. © Secretaría de Cultura

Gobierno del Estado de Jalisco

Cabañas 8, Plaza Tapatía

44100 Guadalajara, Jalisco, México

ISBN 970-624-348-8

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

ÍNDICE

LAS CULTURAS POPULARES DE JALISCO	9
PRÓLOGO	11
LAS PRIMERAS PALABRAS	15
LOS ESCRITORES OPINAN	16
LA PICADURA DEL AJONJOLÍ	17
EL SABOR DE LA TIERRA	19
PALABRAS DE ALLÁ Y MÁS ALLÁ	21
VIENE DON ANTONIO DOMÍNGUEZ	23
AIRE POÉTICO EN LAS PALABRAS	28
ESOS ALTOS DE JALISCO	31
<i>Perfil del ranchero alteño</i>	33
POR LUVINA A RUMBOS DEL SUR	38
<i>Modismos y expresiones</i>	53
<i>El lenguaje popular en textos de Rulfo</i>	54

LOS CLÁSICOS DEL PUEBLO	56
LA MESA ALTA RECLAMA NUEVA PRESENCIA EN ESTE LIBRO	61
<i>Como nota final</i>	80
VIEJAS RAÍCES CON RETOÑOS NUEVOS	80
CHÁNTALA, ÑERO, VAMOS A VICENTEAR ACÁ	88

LAS CULTURAS POPULARES DE JALISCO

Jalisco en su historia, en su amplia geografía, en el temperamento e ingenio de su gente, ha sido un pueblo creador de arraigadas tradiciones, de modos de ser, de costumbres, que han conformado a lo largo de los tiempos, elementos culturales que han contribuido a forjar los símbolos de la identidad nacional.

La fortaleza de las culturas populares e indígenas de los jaliscienses ha trascendido los siglos y sigue siendo sustento importantes de la mexicanidad. Por ello, era inaplazable emprender un amplio programa de investigación con el concurso de académicos, promotores culturales, estudiosos del acontecer cultural rural, indígena y urbano, para que reunidos en un equipo humano, profesional e interdisciplinario, registren en letra impresa, el estado que guardan las culturas del pueblo jalisciense, en su diversidad, en su constante transformación, en sus arraigados mitos y en sus nuevas manifestaciones, insertas en la globalización, a la que nuestro país se incorpora aceleradamente.

Los investigadores y coordinadores de este trabajo enciclopédico consultaron libros y bibliotecas y caminaron por las diversas montañas de la geografía jalisciense, para escuchar de viva voz y ratificar con su presencia el acontecer cultural de los danzantes y mariacheros, los modos de hablar, las leyendas y personajes, la música y los bailes, la charrería, los deportes y las diversiones, las culturas indígenas, la literatura y el teatro, la religiosidad, las artesanías, el arte en las calles y las plazas y todas las expresiones culturales del pueblo que en el pasado y en el presente son la esencia de las culturas jaliscienses.

El Gobierno del Estado pretende que esta colección bibliográfica sea un valioso apoyo para que los jaliscienses conozcamos nuestras propias manifestaciones culturales y para que futuros investigadores puedan hurgar en nuestras raíces históricas y sus constantes transformaciones.

Este esfuerzo de la Secretaría de Cultura, a través de su Dirección General de Fomento y Difusión, y de su Dirección de Culturas Populares, es de gran valor por haber concertado con importantes instituciones académicas y con prestigiados investigadores, un estudio integral que consigna en sus 17 volúmenes las expresiones culturales del pueblo jalisciense, producto del talento y del corazón palpitante del pueblo, pero sobre todo, de la transmisión oral y cotidiana de tradiciones y costumbres que han mantenido varias generaciones de jaliscienses.

En este volumen, Luis Sandoval Godoy, con el apoyo de la Benemérita Sociedad de Geografía y Estadística, nos ofrece un ameno recorrido a través del rico repertorio de vocablos, expresiones y modos de hablar de nuestra tierra. Sin duda, a lo largo de las líneas de este libro encontraremos ese lenguaje que nos caracteriza, y mediante el cual vivimos y nos experimentamos como personas y como pueblo.

Disfrutemos y valoremos este invaluable documento que habla sobre nosotros y nuestras palabras.

Francisco Javier Ramírez Acuña
Gobernador Constitucional del Estado de Jalisco

PRÓLOGO

La lengua, el idioma, otorga un sello de identidad. Es, además, el vehículo por excelencia de la cultura, el portador de la reflexión, de las ideas, de las visiones del mundo. La importancia de la lengua es indiscutible. Por esta razón, un libro como el que nos entrega Luis Sandoval Godoy es bienvenido, no sólo por los investigadores de las ciencias sociales, sino por un público amplio interesado en las cosas de Jalisco.

En México existe una tradición de estudios de la lengua y de recopilación de vocabularios del habla popular. Desde los tiempos coloniales se manifestó esta vocación por conocer los hilos más finos del pensamiento de los pueblos originales a través de su habla. Como ejemplo tenemos el *Vocabulario* de Alonso de Molina, publicado en pleno siglo XVI, primera recopilación sistemática del idioma náhuatl. Son innumerables los vocabularios que se hicieron durante el período colonial y las obras escritas en algunas de las lenguas vernáculas, sobre todo el náhuatl y el maya. Más tarde, dos ilustres tabasqueños contribuyeron en forma notable al conocimiento del idioma castellano hablado en México. Me refiero a Marcos Enrique Becerra y Francisco Santamaría, cuya obra permanece como un tesoro de la lengua nacional. Contemporáneo nuestro, el historiador de Colima, Juan Carlos Reyes, también ha contribuido al conocimiento del habla de los colimotas como lo ha hecho Francisco Gallegos en el caso de los Altos de Jalisco. El mismo Luis Sandoval Godoy, además de sus propias contribuciones, cita a destacados autores que han enriquecido nuestro conocimiento del idioma que hablamos todos los mexicanos.

Bien hace Luis Sandoval Godoy en recordarnos la importancia de la dinámica de la lengua. El idioma no es estático, es una creación humana, unida a la

historia misma del pueblo que lo porta. Así, nuestro castellano es el mismo que se habla en España, pero con su sello, el que le ha dado el pueblo de México a lo largo de los siglos. Existen, además, los intercambios lingüísticos que generan las peculiaridades del habla concreta. Así, en España, por ejemplo, se usa la palabra tiza, de origen náhuatl, mientras en México decimos gis. Algunas palabras del náhuatl fueron totalmente transformadas con el transcurso del tiempo; por ejemplo, Churubusco, que viene de Huitzilopochco, el «lugar de Huitzilopochtli». O los híbridos, citados por el propio Luis Sandoval Godoy, como Huacasco, que viene de Vacasco, «el lugar de vacas», usando el castellano vaca asociado al locativo náhuatl, *co*. Ya sabemos que el español de España está lleno de mexicanismos como chocolate, tomate, tiza.

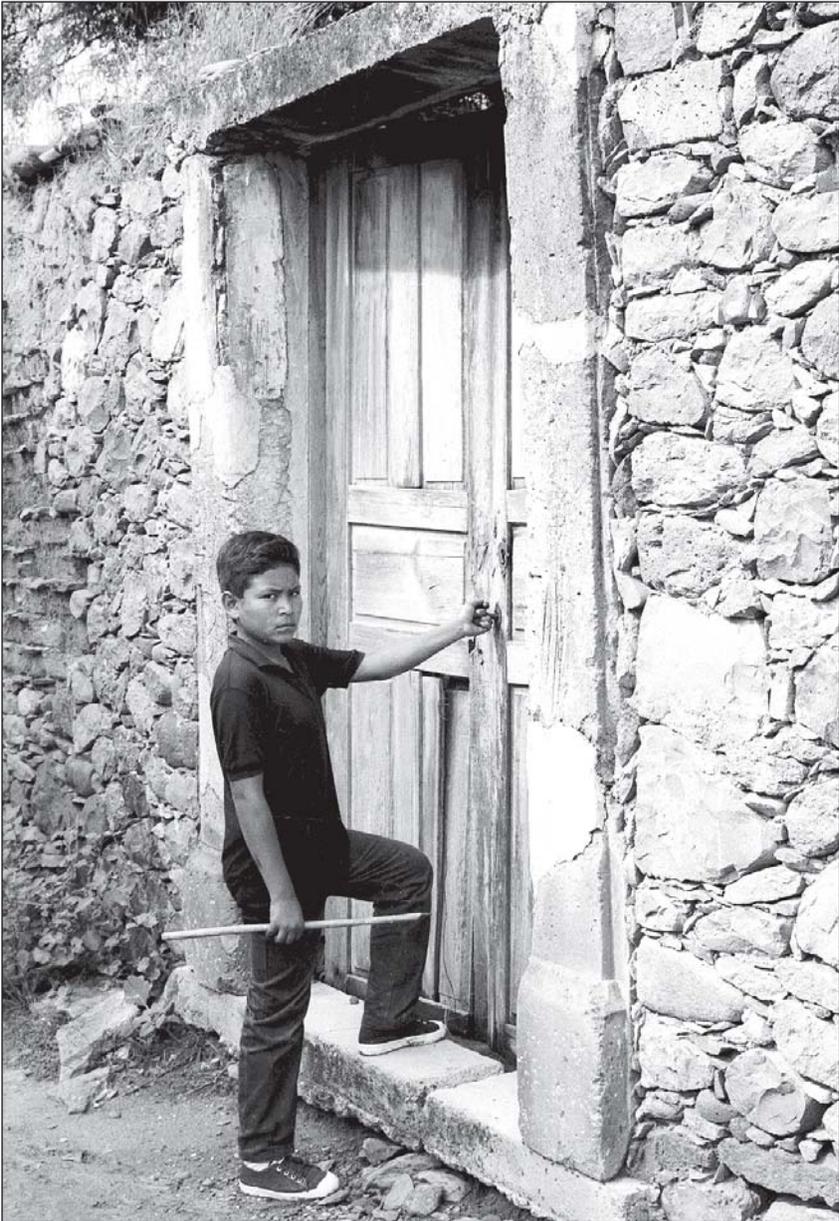
En este libro, Luis Sandoval Godoy presenta un amplio panorama del habla de Jalisco, un ejercicio muy necesario de hacer. Su trabajo contribuye a mejorar el conocimiento de la sociedad actual jalisciense y es una fuente de consulta para los interesados no sólo en entender el castellano local, sino las mismas culturas regionales. En estas páginas están divididas las regiones de Jalisco a través de su habla. El norte, con su colindancia cultural, el sur de Zacatecas, una región en donde conviven el castellano y el huichol, además de los nahuatlismos que han quedado como testimonio de la presencia de los tlaxcaltecas. Está también el habla de la región de Ameca y del sur de Jalisco en general, que tantos escritores de gran imaginación y desbordado talento han dado al mundo de habla castellana. No podía estar ausente esa otra región emblemática del estado, los Altos de Jalisco, con su idioma de rancio abolengo, cervantino y culterano. La forma de hablar de los jóvenes de Guadalajara está también en esta páginas que Luis Sandoval Godoy escribió con amor al terruño, regocijo y conocimiento. Uno de los méritos de este libro es la recuperación de textos que están diseminados en publicaciones diversas, algunas de ellas muy difíciles, cuando no imposibles, de consultar. Sandoval Godoy pone a nuestro alcance información más que valiosa, imprescindible para entender no sólo el habla de Jalisco sino la construcción de imágenes y la ideología que ha permanecido en algunos sectores de la sociedad. No falta Juan Rulfo, cumbre de la lengua castellana, nacido en estas tierras, tan nuestro, tan universal.

El libro de Luis Sandoval Godoy va más allá de lo que es un vocabulario o un diccionario. Es un verdadero recuento idiomático, ya que en él se incluyen

textos, se transcriben conversaciones, se agregan expresiones; todo ello con un sentido: descubrir al lector la riqueza del castellano hablado en Jalisco. El libro en sí se transforma en un medio de comunicación entre los propios jaliscienses y entre éstos y el resto del país. Pone en manos del investigador, ya sea antropólogo, sociólogo, historiador o psicólogo, un recuento del habla que permite conocer las variantes culturales que caracterizan a la sociedad de Jalisco. La recuperación de textos vuelve a este libro una fuente indispensable de consulta para observar la construcción de estereotipos, de imágenes del otro, que al final son materia viva para la explicación de la cultura. Aquí están los venenos del pueblo. La historia no es sólo el pasado sino su memoria, recuperada en el habla. Lo que técnicamente son arcaísmos, como «estógamo», palabra tan alteña, recuperan su actualidad gracias al trabajo minucioso de Sandoval Godoy. Así, las bases para una etnografía del habla en Jalisco están puestas por obras como la presente. Esa etnografía va unida a las variantes regionales de la cultura jalisciense, en permanente transformación, pero conservando las bases que le dieron origen. Lo demuestra con creces el trabajo de Godoy.

La publicación de este texto abre el camino para un trabajo más detallado, más centrado en lo local, para partir de allí a una recopilación general del habla de Jalisco. Luis Sandoval Godoy ha señalado el rumbo y es de esperarse que otros investigadores lo sigan. La utilidad de un trabajo como éste ha sido comentada, pero hay que enfatizar la importancia de su continuidad. Ninguna investigación acerca de la sociedad y la cultura está completa si falta el conocimiento del habla. Un libro como éste, además, nos llama la atención para la difusión de un castellano, el hablado en Jalisco, no solo dentro de nuestras fronteras, sino por virtud de los migrantes, en los Estados Unidos. A través del habla podemos localizar con precisión la distribución de la población mexicana en el territorio norteamericano, en donde hablas como la aquí recuperada, como podemos ver, continúan e influyen en el idioma local. Así que este libro tiene amplias repercusiones. Bienvenido y que sea un permanente estímulo para conocernos mejor. A final de cuentas, Luis Sandoval Godoy demuestra lo que decía don Trini Vidal, de Tlayacapan, estado de Morelos: «Nuestro castellano es amplio y da pal modo».

Andrés Fábregas Puig



*Es hora de abrir la puerta y entrar al tema de las palabras,
en el estilo de cada gente, de cada pueblo. A ver, vaya diciendo...*

LAS PRIMERAS PALABRAS

Dice el Génesis que cuando Adán fue constituido Señor de la Creación y contempló con ojos asombrados el conjunto maravilloso que le rodeaba, empezó a dar nombre a las cosas. El risco, el árbol, la montaña, el río, la fiera; todo aquello que le fue dado en dominio, pasó ante sus ojos y recibió el nombre que consideró propio para cada cosa y para cada caso.

Arduo y emocionante debió ser el trabajo que realizó el primer hombre, tarea que no difiere mucho de la que cumple el niño cuando empieza a ver con ojos nuevos un mundo de cosas a su alrededor: sólo que el niño, en su infatigable inquirir, tiene la solicitud y el cuidado de quienes satisfacen o deben satisfacer con amoroso anhelo y paciente cuidado todas sus curiosidades.

De una generación a otra, de padres a hijos, de edad en edad, el lenguaje de un pueblo constituye una herencia invisible y sagrada, un patrimonio que estrecha con lazos indestructibles a quienes forman parte de un mismo ser nacional, una cultura, una tradición y, un destino.

La fuerza del lenguaje no puede doblegarse sino por el estrujamiento de la estirpe, la violenta acometida contra esa cultura, la destrucción sangrienta de ideales morales, religiosos y políticos; y sin embargo...

Sin embargo, a pesar del empeño arrasador, después de la hecatombe que llegó a desbaratar los perfiles identificadores del idioma, al paso de los años o de las centurias, llegan a trasminarse los datos esenciales, algunas formas del lenguaje que con mayor o menor aproximación harán que se restablezcan los signos de aquel pueblo.

Así sucedió en nuestro caso. Incorporados a la cultura occidental, transplantados por derecho de conquista a un orden diferente, cultura, idioma y una completa red de valoraciones europeas; quedó en filtración callada mucho de lo que caracterizó el modo de ser de nuestros mayores, una nostalgia, un ensueño distante y muchas palabras después del bautizo hispano siguen dando validez al idioma autóctono.

La Academia Mexicana de la Lengua, que consolida y da ciudadanía al idioma que hablamos, da lugar a consideraciones en torno a los cánones y palabras en que se rige nuestro lenguaje, compartiendo con el diccionario oficial infinidad de vocablos nacidos espontáneamente como expresión viva, voz palpitante, pasión y anhelo, suspiro o búsqueda de algo que sigue siendo visceralmente nuestro, y en los cuales sentimos una fuerza, una atadura y una caricia... «frescura de rebozo y de tinaja».

LOS ESCRITORES OPINAN

Si ha de buscarse un lenguaje nacional en el estilo y modo de decir las cosas que han empleado los escritores mexicanos, ellos, como rectores de la expresión correcta del idioma en su autorizada y pura manifestación, saltan dos posiciones contrapuestas: una corresponde a quienes han querido utilizar un lenguaje popular mexicanista, en tan exageradas formas, con palabras tan rebuscadas y falsas, que acaban hablando un lenguaje que nadie habla; otra posición, como la que mencionó Jorge Luis Borges, es «la de los cultos que mueren de la muerte prestada del español».

Se deberá decir que en los dos casos presentados, unos y otros dan palos de ciego: los unos pretenden remedar la dicción del hampa, del poblacho o aldea rural y los otros se asfixian en el engorroso español de los diccionarios.

Si el escritor ha de dar la imagen nítida y fiel de su pueblo, unos y otros quedan lejos de nuestro *no escrito* idioma que está *diciéndonos* las cosas diarias, la relación amistosa, el gracejo familiar, nuestras vivas emociones.

En ires y venires por rumbos de nuestra geografía regional, hemos encontrado el aliento de expresiones, como nacidas de cada tierra, enriquecidas en los jugos de usos y costumbres que determinan la fisonomía espiritual de cada pueblo.

Las palabras son como hierbas del campo en generación espontánea, se localizan tales en un clima tal y en condiciones particulares; crecen, se reproducen en hermosas ramificaciones, son flor de conversación, fructifican en picardía, se duelen en anhelos fallidos y desengaños y luego mueren sin que nadie se dé cuenta.

Decir que éste es el idioma verdadero del pueblo mexicano en sus modalidades, las que corresponden a cada región y forman lo que habría de llamarse la geografía idiomática de México, no quiere decir que nuestros modos de expresión sean diferentes de los modos peninsulares, pues de allá vino el idioma, se arraigó en estas tierras y fijó un cimiento que ya no puede cambiar el dibujo sustancial de nuestra comunicación.

No existe una zanja abierta entre nuestro decir, el hablar de nuestros pueblos, con el español de los peninsulares; al contrario, muchas veces en el coloquio del pueblo se encuentran las expresiones del idioma hispánico del Siglo de Oro, el que hablaron Teresa de Jesús, Berceo, el Arcipreste, sin que falten tales o cuales modismos acordes a nuestro gusto como dice Jorge Luis Borges, a propósito de modismos argentinos, en «un matiz que es lo bastante discreto para no entorpecer la circulación total del idioma, y lo bastante nítido para que en él oigamos la patria».

LA PICADURA DEL AJONJOLÍ

Se debe aceptar que hay palabras privativas que intercalamos y que no entienden los peninsulares: nos acordamos, por ejemplo, de palabras como *agarroso*, *balagardo*, *sobornal*, *borundanga*, *trifulca*, *merequetengue*, *chifleta*, *desporrondingo*, entresacadas de una preciosa recopilación de cerca de tres mil vocablos que se hablan en el norte de Jalisco, paciente labor del Padre Nicolás Valdés en su entrañable dedicación al estudio de aquella zona.

Este vocabulario tan extenso induce a un análisis, explicación y clasificación, poniendo aquí las que pertenecen a nuestra picaresca, allá las que traen un inconfundible perfume y sabor campesino, más acá las que han ido modificándose en culto refinamiento lingüístico, en aquella parte las que nacieron con los chavos-banda, esa desaliñada especie que merodea por el barrio y amanece pintando las calles de la ciudad. Un estudio así llevaría a encontrar, aparte del trazo estrictamente gráfico, una confrontación con la

atmósfera a que corresponden, una consideración de su valor irónico o cariñoso, agresivo o dulce de que se revisten nuestras voces en su temperatura desigual.

Cuando la Real Academia, en fecha reciente, incorporó al diccionario oficial de la lengua una serie de palabras nacidas de ese impulso vital que se nos mueve en la sangre, dio honor y reconocimiento a esa fuerza humana, a ese fluir de sentimientos, emociones, despecho, reclamo, ternura o alegría que tiemblan en el alma de nuestro pueblo.

Si mañana o cualquier otro día vuelven los señores académicos a dar atención a la irrupción caudalosa de otras mil palabras que están esperando ser sancionadas, a las puertas de la Academia, harán decir, sentir y vivir esa fuerza, la fuerza del espíritu, la fuerza de la sangre, pasión, devoción y emoción que se vuelven palabras.

Este apartado concluye con la picadura del ajonjolí, en un grito que quiere ser proclama o arenga a favor de la inagotable fecundidad de nuestro idioma nacido así, en las palpitaciones de la vida mexicana.

Hay que decir que es deber de los escritores, más que de nadie, dar con el idioma nuestro, el que corresponde fielmente a una raíz común que alcanzó gloriosos niveles en el Siglo de Oro castellano. Hay que cuidar, defender, vigilar y gritar contra mil voces extranjeras o contra mil deformaciones grotescas que en el nacer diario de palabras corrompen el idioma. Y de este modo hay que afinar un discernimiento que sepa rechazar lo que ha de ser rechazado y aceptar lo que tiene una razón de ser en nuestra sensibilidad, en nuestra tradición, en el vivir de nuestros ingenuos campesinos.

Que nuestro decir se diga con tono de ternura, con la prontitud rebelde o con empeñado retorno a las voces que pertenecieron a nuestros mayores desde hace siglos, con el afán de continuar la línea que dejaron los grandes de nuestro idioma: incredulidad serena en Cervantes, chacota hiriente en Quevedo, apetencia de felicidad en fray Luis.

En el alarde oratorio de estos párrafos, con picazón del ajonjolí de López Velarde, pedir a quienes han tomado misión de responsabilidad en los medios de comunicación, con su poderosa influencia en el modo de hablar de nuestro pueblo; y quienes ostentan la alta profesión de escritores, guía y norma del lenguaje, atiendan al compromiso de mantener la limpidez del idio-

ma; un español dócil y venturoso que se lleve bien con la bizarría de nuestros rancheros, con la pasional nostalgia del hombre de la costa, con la bronca altivez, cumbre y montaña de los hombres de la sierra, y venga al pueblo y al barrio, encarne la luz de nuestros veranos, el monótono caer de la lluvia y la dolencia callada de los otoños tristes.

Todo vendrá por sí solo si vivimos en identificación estrecha con los ideales de México. Tal fue la regla de oro que puso Borges a los escritores en busca de autenticidad idiomática: «escriba cada uno su identidad, y la tendremos. Digan el pecho y la imaginación lo que en ellos hay, que no otra astucia filológica se precisa».

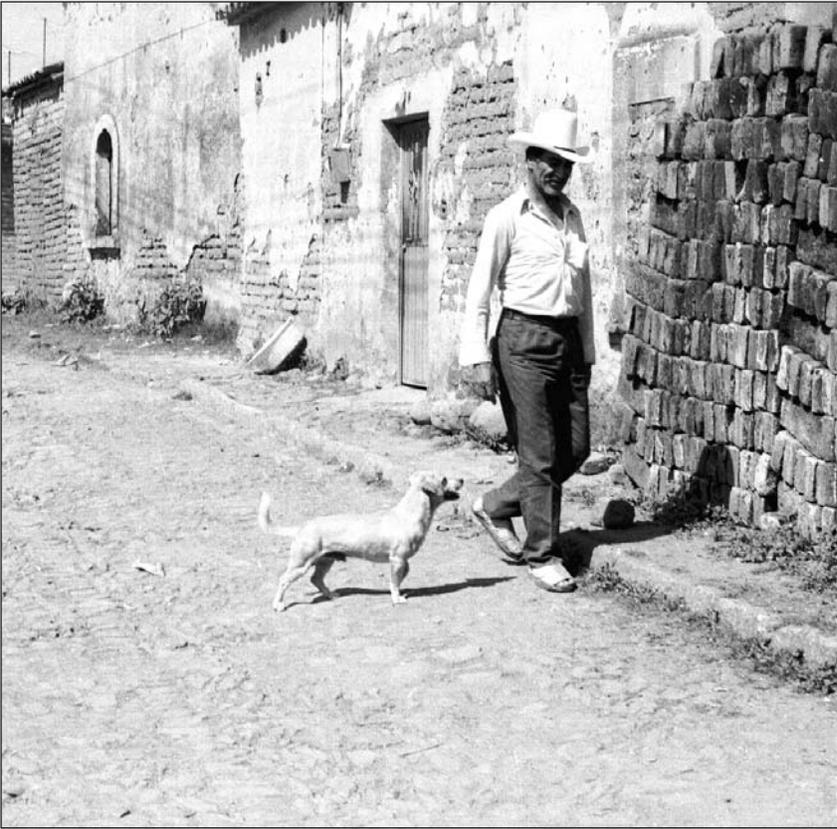
EL SABOR DE LA TIERRA

Para el estudio de la lingüística cabría la misma segmentación de planos que se dibujan para el estudio de las capas sociales. Hay una relación íntima entre la forma de vida, la ocupación, el ambiente, la gente con quienes se convive y el lenguaje habitual.

A las clases altas, por su cultura, por sus actividades propias y su comunicación con personas del mismo nivel, les es propio el lenguaje académico. A la clase media, por su equilibrio de vida, sus inquietudes de superación y las limitaciones lógicas a que debe sujetarse, le corresponde un lenguaje familiar más llano, más expresivo en cuanto refleja con espontaneidad los sentimientos de la persona. A las clases humildes, angustiadas con urgencias económicas, sin tiempo ni energía para procurarse conocimientos, educación y bienes de orden espiritual, les brota la expresión improvisada, incorrecta con frecuencia en su forma gramatical; la cual, sin embargo, es distinta y distante del lenguaje vulgar y picaresco con doble sentido que se usa en el hampa.

Al pueblo, sobre todo, corresponde ser creador del lenguaje. Y es que al final de cuentas, del pueblo toma aliento la raza. Sus anhelos, su vitalidad, su pujanza, se manifiestan a través del lenguaje que el pueblo va a acuñando conforme a sus reacciones y necesidades.

Después, la clase media y la alta, si las palabras nuevas cumplen su misión, las pulimentan y les dan esplendor, como lo hace el artesano con las piedras preciosas. Al caso se puede echar una mirada a cualquier página de la obra de Cervantes, en quien y por quien nuestro lenguaje es llamado «el



El perrito éste, ¿verdad? Cuestión de gustos, de la manera de ser de cada quien, igual al modo de tratarse uno, de hablar.

idioma de Cervantes». *El Quijote de la Mancha* contiene el reconocimiento y la consagración de la voz del pueblo.

Se han dicho muchas cosas acerca de la acción definidora del tiempo en la vida de los hombres y de los pueblos, igual que el agua de un río que lava y pule, horada peñascos, derrumba montañas.

Esa acción viva y mordente de los siglos tiene manifestaciones asombrosas en el lenguaje popular. Lo que hoy se dice en elogio, mañana puede decirse en vituperio; el término hoy blando y dulce, mañana quizá exprese enojo y acritud.

La acción cambiante del tiempo tiene sólo una clase de palabras contra las que nada se puede hacer: éstas son las ideas abstractas cuya dimensión, en términos generales, queda establecida en el castellano para siempre. Así, por ejemplo, justicia, esperanza, libertad, son palabras cuyo significado no ha cambiado y seguramente no cambiará nunca.

En el terreno de lo vital, de lo emotivo, no existe la misma seguridad. Se requieren aquí voces convenidas en la amistad, en el trato diario, en las formas características de vida que corresponden a cada época y, desde luego, a cada pueblo, a cada lugar, con su atmósfera propia.

Ya no es sólo la palabra en su grafismo físico, materializado en signos que llamamos letras o sonidos. El lenguaje particular de un pueblo o de una comprensión geográfica, toma valores especiales por el simple gesto y hasta por la entonación de la voz que determina el alcance de una frase, la intención de quien lo dice y a quién lo dice.

PALABRAS DE ALLÁ Y MÁS ALLÁ

Llegamos a expresiones propias de la zona que se localiza en el norte de Jalisco y sur de Zacatecas. Estas palabras no tienen el mismo significado, o son sencillamente desconocidas en otros rumbos de Jalisco.

Por ejemplo, lo que en el sur de nuestro estado se dice *ecuario*, en el norte se dice *cuamil*; en Zacatecas dicen *molonco*, en el sur dicen *molcate o toresco*. La tierra suelta convertida en un barro chicloso, es llamada *tupuri* en las sierras del sur, término desconocido en las heladas mesetas zacatecanas, como también es desconocido el *güimuno* que dan en las sierras del sur a la barbilla del pino. Mientras que en el sur se disminuye el alcance intelectual

de una persona con el término *nango*, o se habla de *nangueras*, en el norte se expresa lo mismo con vocablos como *lelo*, *bembo*, *tarugo*.

Nos referimos particularmente a las voces del campo, expresiones que brotaron un día con la libertad y frescura del aire, sin presiones sociales, sin rebuscamiento ni pretensiones intelectuales, sin empeño exhibicionista de ninguna índole. Decir lo que se tiene que decir, acudiendo a formas que vienen a los labios en semejanza fonética o por identidad con otra palabra, por alguna raíz lingüística o por una referencia topográfica, da la explicación del origen de los regionalismos.

Entre todas las zonas campesinas hemos puesto la atención en el norte, una región que comprendería aquella parte donde se entreveran Jalisco y Zacatecas hasta llegar a la meseta de Los Altos, pues en toda ella hay características muy semejantes en cuanto a las condiciones del clima, la sequedad de la tierra, la escasez de recursos naturales, el modo de luchar de la gente en medio de un paisaje duro y descarnado.

Las circunstancias del su ambiente de esta región ha dado a sus hombres un perfil altivo, una aristocracia del espíritu que se ha bruñido con esfuerzo, un desquite contra la hostilidad de la naturaleza manifestado en el afán por ennoblecerse a sí mismos, por adquirir valores, entrega generosa al trabajo y prontitud de servicio; en suma, una contextura moral y espiritual que magnifica a los individuos de esta zona.

Con paciente observación, lápiz en mano, atento el oído, con conciencia de lo que valen, se han ido recogiendo numerosos vocablos de esta zona, anotando aquellos que no figuran en el diccionario, o si están aparecen en una acepción diferente a la que le dan los hombres de estas tierras.

Al enumerarlo en su sentido particular, ensayamos lo que podría ser un diccionario de regionalismos que algún día podrán ser tomados en cuenta y aceptados oficialmente en el *Diccionario de la Academia Mexicana de la Lengua*. Entonces tendrá que ser reconocido este formidable impulso que está dando la Secretaría de Cultura de Jalisco para buscar los signos, realizar un conteo, abrir un inventario de todas las manifestaciones populares, el habla en primer lugar, en las cuales se configura el espíritu jalisciense.

Escogemos unas cuantas palabras del orden alfabético, en lo que concierne sólo a la letra «a». La recopilación es parte de la prolija y amorosa

tarea que se impuso el Pbro. Nicolás Valdés Huerta, en la investigación y exaltación de los valores de la región norteña:

ABUSADO. Palabra que se descompuso del término aguzado, derivado de aguja, y se aplica a quienes tienen inteligencia afilada, incisiva, que penetra el significado de las cosas. El que no se deja sorprender.

ACUACHAR. Palabra que significa hacer «socapa», encubrir, ocultar las fechorías o delitos de alguno. El encubridor o el encubridor son «acuaches».

ACUALAISTA. Se dice de las pepitas de una calabaza silvestre; se les quita el mal olor mediante un lavado con ceniza, se les pone a secar y se les tuesta a punto de un agradable sabor.

AFERRUSCARSE. Término nacido de su similitud fonética con aferrarse. Al igual que éste, significa vendedor ambulante de chucherías y baratijas.

APAÑADO. Es posible que esta palabra sea una desfiguración de empañado, sin brillo, pues se usa en la significación de opacado, con un paño encima, y avergonzado por eso.

APENITAS. Adverbio de modo que se usa cuando se estuvo en proximidad de algo; o de tiempo, cuando las cosas sucedieron casi en el instante requerido: en cuanto se tuvo, se hizo o se dijo.

APINSONADO. Existe la palabra *pinsión*, significando tristeza, amargura, pena. Quien se encuentra así, está apinsonado.

ARGUENUDO. Este adjetivo se aplica a persona perezosa, indolente, que no quiere trabajar. Existe la palabra *árguenas*, que se refiere a bolsa, zaca o costal.

ARREJOLAR. Esta palabra parece provenir de su semejanza con acorrallar o encorrallar. Significa llevar, juntando al mismo tiempo lo que se lleva.

ARREMPUJÓN. A la palabra empujar se le quiso dar fuerza expresiva con la doble ere. Arrempujar significa impulsar con brío, con energía decidida, sin contemplación alguna.

ARRENDARSE. Esta palabra equivale a devolverse y es probable que se haya derivado del manejo de la rienda de los caballos. Manejar la rienda, volver la rienda, arrendar la bestia es tirar de la rienda hasta hacerle volver.

VIENE DON ANTONIO DOMÍNGUEZ

Don Toño ha venido ahora a estas páginas. Don Toño es un hombre muy principal y goza del respeto y de la estimación del vecindario, acá en su terruño, el pueblo de San Juanito, que se pierde en horizontes de vegetación de menor estatura.

En el pueblo toda la gente se conoce y se trata; todas dan un lugar de honor a don Toño, que ha sabido ganarse la estima de los lugareños por su trato gentil, por su interés en las cosas de aquella comunidad y por su inquietud en la búsqueda de datos del pasado, de los valores sociales y morales de los parroquianos, de la armonía y desarrollo económico de San Juanito.

Como si se hubiera buscado el mejor sitio geográfico para la colocación de este pueblo, se le construyó entre poblaciones de importancia como Magdalena, con su histórica laguna y el deslumbrante hallazgo de ópalos casi a flor de tierra; más allá se encuentran los centros mineros que van a dar por San Simón, a Hostotipaquillo, a San Pedro Analco, a la hondura de Cinco Minas. Acá están la industriosa ciudad de Tequila y su renombre mundial alcanzado por la bebida nacional; también están ahí Ahualulco y Etzatlán, poblaciones de gran señorío, con un pasado que les hizo ocupar un sitio relevante en los tiempos de la Nueva Galicia.

Por aquellos mismos rumbos está ubicada Ameca, ciudad de reconocidos títulos, en su gente, en su trazo urbanístico y en el señorío de sus fincas, que dejan atisbar cuánto y cuán alto fue el rango de Ameca cuando fue corazón geográfico de las más importantes haciendas de Jalisco; haciendas que dieron ocupación a los habitantes de la comarca y alcanzaron elevados niveles en el desarrollo agropecuario y en los signos arquitectónicos de las casas que señorearon el paisaje de aquellos rumbos.

Cerca de este escenario se asienta el pueblo de San Juanito y, en éste, don Antonio Domínguez, autor de varias novelas de acentos costumbristas,

editor de una revista mensual que recogía el ser y el hacer del pueblo y de la región, impulsor de una casa de la cultura y de una serie de actividades encaminadas a elevar el nivel intelectual y artístico del vecindario.

Entre todos los quehaceres de don Antonio, ha dado un sitio a la investigación del lenguaje popular en toda la región, que se compone de los pueblos mencionados y muchos más. Desde San Juanito, don Toño llega hasta nosotros como portavoz, que sabe, dice y tiene la autoridad que le da su dedicación y su estudio para interpretar a través de los siguientes textos cuanto se puede decir acerca de las palabras que la gente del pueblo usa y tiene por suyas en el poniente del estado. A continuación se transcribe un texto publicado en la revista *Eco*, del Instituto Jalisciense de Antropología e Historia, que fundó y dirigió hasta su muerte el Lic. José Luis Razo Zaragoza. Este fragmento proviene del volumen IV, fechado en enero de 2000:

La modernidad actual ha hecho que a pasos agigantados se pierdan infinidad de palabras, nombres de objetos y usos relacionados con el campo, a tal grado que las nuevas generaciones desconocen e ignoran parte del lenguaje que se usó en nuestro pueblo más de cincuenta años ha.

En mi personal manera de apreciar las cosas, pienso que bien vale preocuparnos por registrar en nuestro archivo, todo cuanto significó en su tiempo el habla cotidiana. Si hoy no tiene ninguna importancia ni uso, es porque cada día el modernismo lo transforma todo, por lo tanto, debemos guardar aquello que un día nos sirvió para comunicarnos, porque formaron parte de nuestro diario vivir.

Que esto sirva como preámbulo a lo siguiente que trataré de explicar: ya en el campo no vemos a los agricultores tocados con sus sombreros de palma o *zoyate* ni con su *ceñidor* enredado en la cintura tras la yunta de bueyes *barbechando* o abriendo el surco en la tierra o marcando las *melgas* con sus arados de madera, sujetos a la *mancera*, contemplando la *telera* para darse cuenta si estaba en buenas condiciones o si las *coyundas* soportaban todavía la presión de la testa de los bueyes.

Pero también mucho cuidado tenían de que su *otate* estuviera completo, con su *pichuaca* y su *gorgús*, que al igual que las *chinas* no tuvieran algún agujero y se mojaran durante un fuerte aguacero.

Recordamos a los aguadores tras un burro o caballo con las *árguenas* para

cuatro o seis cántaros o bien, pudiera ser que tuvieran un *pipón*, pero los más se consolaban con su par de botes colgados de la *burra*.

Los *güingos* o *talachis* aún siguen funcionando pero los jóvenes no los conocen con esos nombres, las *azuclas* desaparecieron para siempre, de la misma forma los *sacabocados* que no faltaban en las casas porque los hombres los necesitaban, ya no son útiles el *eslabón*, la piedra y la *yesca*, están guardados en el arcón del recuerdo.

En cuanto al hogar, los *nixtencos* desaparecieron así como los *zarzos* que pendían del techo de la cocina, los *tecomates* y *jícaras* no tienen uso ya.

En los cuartos que servían de dormitorios, los bancos y los *tapeixtes* (tapexco) desaparecieron, ya en los rincones no se encuentran los *tumpiates* con maíz revuelto con ceniza para protegerlo del gorgojo. Ya los *goznes* no rechinan porque las puertas tienen bisagras, los *garabatos* donde colgaban los *aperos* ya no son necesarios, la *cazangas* de los tuleros de mi pueblo ya no tienen uso.

Entre las golosinas, ya no se saborean los *gaznates* ni las *trompadas*, ni los tamales de *chancaca* ni los *ixtetes*. Por las mañanas se dejó de tomar en las casas el *panile*, porque las amas de casa ignoran como se prepara.

Ya los panaderos no hacen *trocantes*, *gachupines* ni *canillas*. Ya los chamacos *héticos* desaparecieron, no así los *ñengos* ni los que se levantan por las mañanas con los ojos *papujados*. La *canícula* no se lleva ya a los infantes en tiempo de lluvias. Ya no se ven las mujeres sentadas cómodamente en *camucas* (jamugas) sobre asnos cuando viajan, ya las *víboras* para guardar el dinero no son necesarias, así como los *tapojos* y las *gamarras*.

En los juegos desaparecieron el *runda guarache*, con los trompos de *cazueleja*, no se juega ya a las *patolas* ni al *tambuche* ni a la *pupa*.

El Jueves y el Viernes Santo no se escucha ya la *matraca* ni las ermitas se adornan con *barbas de viejo*, ni las *tarabillas* tuercen hilos. Ya los *jiquipiles* y los *nisticviles* han dejado de verse, hasta los *capotudos* han escaseado a causa de tanto insecticida que arrastra el viento.

Sabe que *jais* sería todo esto si se usaran de nuevo, ya que en un buen *tequío* de cosas se perdieron en el *pajonal* de la distancia.

San Juanito, Jal., julio 5 de 1997

APERO. Barzón y coyundas juntos.

ARGUENAS. Armazón de palos para sostener en el lomo de asnos y caballos cuatro o seis cántaros.

AZUELA. Herramienta de carpintería que sirve para el desbaste de madera.

BURRA. Madero delgado y curvo para sostener un par de botes que cuelgan.

CAMUCA. Cabrilla con respaldo que sirve para viajar en asno. Jamuga.

CÁNICULA. Un cierto período del verano.

CAPOTUDO. Mosca grande, cuyo piquete es muy doloroso.

CAZANGA. Instrumento para cortar tule.

CHANCACA. Dulce casi negro, de residuos de melaza envuelto en hojas de maíz. Cachaza.

CHINA. Tejido de palma, capote, que protege de la lluvia.

COYUNDA. Correa de cuero crudo, ancha y larga.

ESLABÓN. Pedazo de metal para golpear la piedra y encender la yesca.

GACHUPINES. Pan con sabor especial.

GAMARRA. Bozal exclusivo para los asnos.

GARABATO. Trozo de ramas de árbol que tiene dos o tres picos.

GAZNATE. Pequeño tubo de harina con atole. Fruta de horno.

GORGÚS. Punta metálica colocada al otro extremo del otate.

GOZNES. Bisagras primitivas.

GÜINGO. Pico para escarbar.

HÉTICO. Niño barrigón.

IXTETE. Dulce de melado envuelto en hojas de maíz.

JAIS. ¿Qué tal?

JÍCARA. Parte de un bule, que sirve para guardar las tortillas.

JQUIPIL. Insecto coleóptero de color negro.

MANCERA. Parte del arado que sirve para guiar.

MELGAS. Espacio de dos o tres metros que abarca varios surcos.

ÑENGO. Flaco, delgado.

NIXTENCO. Fogón.

PAJONAL. Maleza.

PANILE. Bebida hecha con pepitas, cacahuates, poca sal y ligero sabor picante.

PAPUJADO. Ojos y párpados inflamados.

PICHUACA. A manera de espátula que se coloca en un extremo del otate.

PIPÓN. Tonel de madera para acarrear agua.

PUPA. Juego parecido a la matatena.

OTATE. Bastón flexible y resistente.

SACABOCADO. Utensilio para hacer agujeros en la suela de los huaraches.

TAMBUCHE. Pequeñas almohadillas con barbas, hechas con hojas de elote, sirven para jugar.

TAPEISTE. Tejido de varas que servía de cama. Tapexco.

TAPOJO. Usado por los arrieros para tapar los ojos a las bestias de carga.

TECOMATE. De la familia de los bules, pero sin cintura.

TELERA. Estaca del arado que sostiene el timón.

TEQUÍO. Por mucho.

TROCANTE. Pan en trozos rectangulares.

TROMPADA. Dulce de piloncillo en forma de puño de la mano.

TUMPIATE. Recipiente hecho con petates, que sirve para guardar el maíz.

VÍBORA. Cinturón de cuero doble para guardar el dinero.

ZARZO. Tejido de carrizo, suspendido en el techo de la cocina para colocar alimentos, comida.

AIRE POÉTICO EN LAS PALABRAS

Sería interesante saber cómo nacieron las palabras populares, esas voces nuevas que un día aparecen en la conversación familiar con carta de ciudadanía. ¿Quién empleó esa palabra por primera vez? ¿De qué manera o bajo

qué proceso fue conformándose el giro callejero que va ascendiendo poco a poco a niveles más cultos?

Seguramente que entre las diversas fuentes de generación idiomática podrían señalarse la radio y la televisión como las de mayor influencia, y a las que se habrá de atribuir la paternidad de muchos modismos que luego alcanzan uso corriente en la conversación.

Estas palabras venidas por los caminos del aire al uso popular, no se han circunscrito a región determinada, rumbo o clima espiritual, según parece establecido para las palabras que inventa el pueblo.

Tenemos un norte seco y árido, con extensiones desoladas que se pierden en el infinito; tenemos un sur revuelto en oleajes de mar y de cumbres donde el paisaje y los hombres aparecen envueltos en gasas húmedas; tenemos una cadena montañosa donde el cielo y la tierra se abrasan en torbellinos de nubes frías o de vaho caliente que sube de las barrancas... a cada sitio, a cada color, a cada forma de vida, a cada particularidad étnica corresponde una sensibilidad propia, una diferenciación de los individuos mismos.

El extranjero que observe la gama de colores que ofrece nuestro país, se asombrará de lo que nosotros vemos con naturalidad. Otro río, otro horizonte, otro suelo que abarca la mirada, hacen dimanar sensaciones que marcarán la vida afectiva de los moradores. Sensaciones que modifican la retina e imprimen un acento determinado al idioma, dándole riqueza y flexibilidad.

No se quiere redundar en los modismos, características y naturaleza de los modos de hablar de cada región; nos limitaremos a los sitios que abarcamos con la mirada, a lo que podemos conocer por trato y contacto con nuestra gente, a lo que corresponde a los linderos de la geografía estatal, en su unidad de clima, tradición, paisaje, sabor y color del lenguaje popular.

En principio, se quiere destacar el mecanismo esencialmente metafórico del lenguaje popular. Por instinto artístico al pueblo le placen las palabras con sentido figurado.

Allá está la llanada seca, punteada de matujos espinosos: al *trastumbar* la loma, más allá de aquel *lienzo* de piedra, se esconde un *lloradero* de agua... todo lo cual equivale a decir que más allá, donde se tumba, dobla o cae la llanura, a cuyos límites se tiende un cercado de piedra, en extensión larga y recta como podría tenderse una tela, un lienzo, brota un escondido manan-



*Me puse a pensar en lo que dice el maestro Fábregas:
«el idioma tiene un aliento vivo que va con el tiempo, el pueblo, la gente».*

tial, de tan medido y lento gotear como podrían ser las lágrimas de los ojos. ¿Acaso un venero, un manantial, no es llamado «ojo de agua»?

La imaginación, el gusto, la sorna del pueblo ha creado numerosas expresiones traídas de situaciones a veces amargas, a veces placenteras, que ofrecen de pronto la ocasión de dar una lección, de ofrecer una enseñanza. Cuando se dice, «se asustan con el petate del muerto», como que se da una sensación de amargura: en aquella casa hubo difunto, ya se verificó el sepelio, los deudos lastimados contemplan las flores marchitas, los cirios apagados... y el guasón invoca el cuadro para referirse a una persona que actúa con aspavientos y melindres no conformes con la realidad; el muerto ya no está allí, ya no quedan sino las huellas funerarias, y quien no se asustó con el cadáver mismo, ahora se asusta con el petate que quedó olvidado en el cuarto donde se llevó a cabo el velorio.

Otra situación también frecuente en la vida del pueblo, entre el vecindario de aquella comunidad, es el caso de un hombre miedoso y asustadizo. Todavía no suceden las cosas, todavía no se registra la desgracia que se temía, y ya se dan pormenores imaginados. El temor camina a paso rápido, «el miedo no anda en burro» de paso lento y cansado, sino en el trote apresurado de un cuaco retozón. Y el que dijo que «la ocasión la pintan calva», quiso decir que hay actuar con rapidez y tino para aprovechar la oportunidad que llega de pronto, que viene como montada en cabeza calva, por lo cual no tiene pelo de donde detener, jalar o tirar. Los ejemplos de las distintas maneras con que se usa el sentido figurado en las palabras y expresiones del pueblo se podrían extender indefinidamente.

ESOS ALTOS DE JALISCO

Ahora toca el turno al maestro Silviano Hernández, que con gentil saludo pone en esta mesa la publicación ahijada de la Academia de Estudios Alteños, con el título, *Voces del habla rural alteña*; digna presentación con una carátula que nos muestra la imagen de un ranchero afamado que arrea dos malencarados toros de lidia.

El maestro Hernández es un enamorado de su región, de su gente, de su historia, de los valores que caracterizan a los habitantes de estos pueblos, no sólo por su estampa como de gente traída de la estepa castellana y plantada

allí, en los pegujales de la zona, sino también por el río de virtudes de su mujerío, por los hombres de temple, aguerridos en la consecución de sus ideales. En las familias de este lugar resplandecen luces de una bien tramada armonía en la limpieza y honor de las costumbres, en la devoción y entrega a las luchas que en un pasado reciente dieron relumbres heroicos a todos estos pueblos.

Si el estudio del profesor Hernández ofrece un interesante panorama de lo que dice la gente, sus palabras, expresiones, regionalismos y hasta vocablos para referirse a la flora y la fauna alteñas, bien está recordar antes un dibujo de la región, con aquellos párrafos de estilo bruñido, de académica elegancia, que dejó el Lic. Antonio Gómez Robledo en el inicio de su biografía de Anacleto González Flores: un dibujo de aquella tierra colorada, que es sin duda alguna la más emocionante y vibrante descripción que se le ha hecho.

Primero el escenario, los elementos que convienen a una composición de lugar, luego llegan los vecinos a darnos sus palabras, según el apunte que les vaya haciendo el autor de *El habla rural alteña*:

Una dilatada sucesión de mesetas, cuya monótona ondulación apenas es quebrada por el capricho de desgarradas lomas, se extiende al noroeste del estado de Jalisco.

El paisaje es agrio y violento. Los llanos se suceden en desesperantes tonalidades pajizas, y el confín se recorta ásperamente contra un cielo claro. Los escasos riachuelos que la cruzan arrastran fatigosamente su pobre caudal sobre el pedregoso lecho. La región eminentemente productora de cereales, tiene que aguardar el socorro del cielo para ver ondear en sus barbechos la verde cortina de milpa o el rubio trigo. En el resto de las estaciones, el yermo es implacable, y sólo la comba del nopal o el lloro del mezquite, y todavía más la profusa invasión del huizache, forman la heráldica del contorno.

Sin embargo, esta comarca de Los Altos, tan avara de fertilidad y belleza, encierra uno de los núcleos de población más vigorosos, física y moralmente mejor dotados de la República. El clima, frío por la altura, es uniforme y tónico, y solicita un ánimo continuamente alerta. El aire puro, firme y cordial estimula los nervios del alteño, y la sobriedad y transparencia del ambiente lo acostumbra a la visión dilatada y sintética.

Lleno de un amplio aliento el pecho, el campesino no tiene ocasión para el perezoso devaneo y las ensoñaciones enervantes que otras regiones más ricas o lujuriantes otorgan.

En su límite escueto y preciso, en su tierra fatigada que sólo rinde su tributo anual a cambio de la merced del abono, la vida no tiene otro sentido que la limpia y difícil prosperidad del trabajo constante.

Por otra parte, la ausencia de cordilleras formales mantiene en fácil comunicación los varios poblados, y contribuye a crear un espíritu de conjunto que las circunstancias críticas saben evidenciar, sensible a los mismos motivos, concorde en sus reacciones, y capaz a las veces de movimientos populares de gran resonancia.

La tradición ha contribuido no poco a forjar el carácter alteño y a dar a este cuadrante del noroeste su fisonomía tan recia e inconfundible. La colonización ofreció aquí ventajas excepcionales, y no es aventurado afirmar que es una de las escasas regiones de México que no ha tenido que enfrentarse con ninguno de los pavorosos problemas del país: el mestizaje y la distribución de la propiedad.

Parece difícil explicarse la existencia de ese lunar de acendrado criollismo en medio del general tinte cetrino que presenta nuestra población campesina.

Las recuas que transitan incesantemente por los caminos alteños, son guiadas por labriegos humildes que a despecho del huarache, el calzón blanco y el soyate, no han perdido ninguno de los rasgos del más apuesto blanco. Son en su mayoría de faz bermeja, rubios, de ojos azules, macizos en su musculatura, gallardos en su porte, y ni por asomo se encuentra en ellos la prematura caducidad o el aire de hipócrita humillación que distinguen a la raza vencida y a sus productos híbridos.

La conjetura más verosímil parece desprenderse de las particulares circunstancias que la conquista revistió en esas comarcas. Pobladas también como las demás del país, por «teules chichimecos», como genéricamente designaban los españoles a los conglomerados indígenas, se mostraron más reacios que sus hermanos de sangre a la invasión, y después de infructuosas escaramuzas tuvieron que dejar libre el paso al vencedor sin asimilarse con él.

Las crónicas de esos tiempos los califican desdeñosamente de «pueblos sin aseo ni policía», es decir, con gobierno rudimentario, cazadores nómadas, no reducidos a ninguna de las cuatro monarquías indígenas que florecieron en Jalisco, e incapaces por su carencia de hábitos sedentarios, de tolerar el yugo.

Perfil del rancharo alteño

El peón criollo elevado en el devenir de los siglos a modesto hacendado, [...] tipo genuino de selección natural, ha conquistado palmo a palmo su pedazo de tierra y no será fácil arrebatarlo. De peón pasó a mediero y luego a propietario, con sus escasos recursos y su laboriosidad de hormiga. Vive en su rancho y lo trabaja personalmente. Es fuerte, sobrio y honrado. Inferior al pequeño propietario yanqui, suizo o belga, el rancharo alteño es lento, poco afecto al agua para bañarse. Rutinario, conservador, atrasado y apenas conocedor de los métodos modernos de cultivo. Sus ambiciones se reducen a la fastuosa charreada (como la Argólide homérica, su región es «fecunda en caballos, criadora de corceles») y no hay para él vanidad más cumplida que contemplarse jinete en su garañón, ostentando su botonadura de plata y su pistola pavonada, yendo a las ferias a jugar sus gallos de pelea, y sentarse a su mesa rica en queso, jocoques y calabaza enmielada y carnitas. Como no ha recibido sus tierras del gobierno, no le debe ningún vasallaje, y puede en cualquier momento constituirse en censor de sus mandatarios...

Acrisolado en esta herencia histórica, constituido de un conjunto de moléculas autónomas, cada una consciente de su responsabilidad moral de la vida, debe a ella el pueblo alteño sus grandes reservas vitales, las virtudes y aún los defectos que las mismas engendran.

La pasión de la justicia ha echado profundas raíces en hombres que por una experiencia secular saben lo que a cada uno le corresponde. Pero ese mismo sentimiento los conduce frecuentemente a procurársela por su propia mano, como desligados tradicionalmente de la protección tutelar gubernamental. Así han surgido extraordinarios guerrilleros que como los dos más famosos, Demetrio Jáuregui y el Güero Mónico, se constituyen por propia ley y fuero, perseguidores de los bandidos... y difunden legendariamente la veneración de un pintoresco código de justicia social, en que la vindicta encarnizada y arbitraria se alía a la intención noble y ruda, y en que sobre todo, un solo artículo hay que conquiste la adhesión incondicional de todos: el valor en su forma más cautivadora del coraje.

El estupendo cuadro que dibuja el doctor Gómez Robledo, en recio acento, con galanura de estilo, que lo coloca como un clásico de los textos referidos a aquella región, ofrece sitio a propósito para conocer lo que el Prof. D. Silvano sabe y dice acerca de los antecedentes históricos de estos pueblos,

los inmigrantes hispanos, «Cantabria, Navarra, Asturias y los castellanos que poblaron en mayor proporción las provincias internas y Los Altos».

Ahora habla el profesor Silviano de ciertas circunstancias que intervinieron en la conformación del habla alteña...

los colonizadores eran ganaderos y agricultores y como las condiciones geográficas de los valles alteños favorecen la cría de ganado vacuno, esa fue la actividad principal y en torno suyo se desarrolló la cría de ganado lanar, caballar, porcícola, avícola y la agricultura. Esta actividad económica hizo que en el habla regional abunden los términos ganaderos referentes a ganadería mayor, así como los vocablos agrícolas.

De aquí viene un listado de palabras con las que se comunican y expresan las gentes de aquella región, con apartados para voces con influencia del inglés, merced a al ir y venir de braceros a esa tierra del otro lado de la frontera; otro apartado sobre palabras incorrectas que se escuchan entre la gente, ya por supresión de letras, (ramada, mitá, parális), ya por letras agregadas, (ahoy, afusilar, nadien), en ocasiones por cambio de letras en la palabra, (almirar, abuja, estuata), también por acento mal colocado (ávaro, abígeo, mastil) y por la incorrecta fusión de una palabra con otra (ontán, pue'que, hasteso).

Donde la obra del Prof. Silviano Hernández tiene el mayor mérito es en la prolija relación de más de 700 *arcaísmos persistentes en el habla alteña*, de los cuales transcribiré sólo algunos en calidad de muestra, pues se entiende que el lenguaje popular de Jalisco es una visión panorámica del habla popular en el estado, y no un diccionario de regionalismos.

ABORUJARSE. Envolverse, arrebujarse.

ACRIBAR. Limpiar el grano por medio de la criba.

AECHAR. Limpiar con arnero o criba.

ANDANZA, ANDANCIA. Caso o suceso repetido, epidemia.

ARRUMBAR. Guardar algo como inútil.

BARCINO: Pelaje blanco y pardo.

BASTIMENTO. Provisión para sustento.

- BOFE. Aparato respiratorio de una res.
- CALICHE. Costra que se desprende de las paredes.
- CARANTOÑA. Calago o caricia interesada.
- CHACOTEAR. Divertirse con bulla, voces y risas.
- COLLÓN. Cobarde.
- CRESA. Los gusanos en carne y quesos por generación de larvas de moscas.
- CUATRALBO. Res con las cuatro patas blancas.
- CUCHILIAR. Incitar a atacar a otro.
- DACA. Dame acá, dame.
- DOSALBO. Des con dos pies blancos.
- EMBALLESTADO. Encogimiento de las patas de los animales por torcedura.
- EMBARNECER. Tomar carnes, engrosar.
- ENJUNDIA. El unto y grasa de las aves, especialmente de la overa.
- ENTELERIDO. Sobrecogido de miedo o frío.
- ESPICHADO. Mustio, deprimido.
- ETICO. Flaco, tísico, desnutrido.
- FACETO. Chistoso.
- FANEGA. Medida de granos o de tierra para sembrar esa cantidad, equivalente a doce celemines.
- FAROTA. Mujer descarada, sin juicio.
- GABAZO. Residuo de la caña de azúcar exprimida.
- GORULLO. Bulto pequeño y redondo que se forma en la lana o en la masa.
- HOBACHÓN. De muchas carnes y poco activo.
- ILADO. Desfallecido por mal gástrico.
- JÁQUIMA. La cabezada de cordel para conducir la bestia, supliendo al cabestro.
- LADILLA. Piojo del cuerpo.
- LECHIGADA. La camada, crías que crecen unidas.
- LOBANILLO. Tumor redondeado, no inflamatorio.

MATALOTE. Caballo flaco, con mataduras.
MODORRA. Sopor, letargo.
MONDA. Golpes de castigo, zurra.
ÑOÑO. Apocado, delicado, quejumbroso.
OJETE. Pesado, sangre pesada. El ano.
PACHÓN. Flemático, pachorra, tardanza, indolencia.
PALAFRÉN. El caballo manso, para las señoras.
PANOCHA. Cono de azúcar sin refinar.
PATATÚS. Congoja fingida.
PERLESÍA. Pérdida de vigor, movimiento y sensación.
PICATOSTE. Rebanada de pan frito con azúcar y canela.
PINDONGA. Mujer callejera.
PIZPIRIGAÑA. Juego infantil en el cual se pellizca el dorso de la mano.
PRETAL. Cincho de la montura que rodea el vientre.
QUEJICOSO. El que se queja demasiado.
RÁBULA. Abogado charlatán y vocinglero.
REBUJO. Embozo femenino para cubrir el rostro.
REDROJO. El que medra poco. El menor de los nacidos en una cría.
RUANO. Pelaje mezclado de blanco, gris y bayo.
RUCIO. Pardo claro, canoso.
RULO. Cosa redonda, que rueda. Pelo ensortijado. Chisme, rumor.
SABAÑÓN. Inflamación ardorosa en las manos.
SECANO. Tierra de temporal.
SEQUETE. Pan duro.
SOPONCIO. Desmayo.
TÁMARA. Dátiles en racimo. Leña delgada, baraña.
TAMO. Polvo y paja resultante de trillar los granos.
TARALAILO, TARARAIRO. Amanerado, bullicioso.
TRESALBO. Caballo de tres patas blancas.

TRUCHIMÁN. Persona sagaz, astuta y poco escrupulosa en sus negocios.

TUPIR. Llenar apretadamente.

TUSAR. Atusar, trasquilar.

VEDIJA. Porción pequeña de lana.

VERRACO. Cerdo semental.

VERRIONDO. Macho en celo.

ZAINO. Pelaje castaño oscuro.

ZARAGATONA. Moza crecida y algo desvergonzada.

ZARZO. Tejido plano de cañas o varas para guardar alimentos.

ZURRAPA. Brizna, pelillo, sedimento, sobra, miga.

Luego de las referencias del profesor Silvano Hernández en su búsqueda por los meandros del habla rural alteña, se ha de decir que deseos no faltan de traer en seguida la serie de regionalismos, voces propias, palabras que se acendran en aquella estirpe, que se han mecido en la sangre de los alteños.

Para no caer en excesos, se mencionarán sólo algunos términos de este vocabulario, como *desperjenado*, *bulichada*, *cajiar*, *apacholado*, *arrentollado*, *canchar*, *coscolino*, *charrasca*, *chunde*, *empanturrar*, *enjoscado*, *enja-retar*, *jiote*, *lerendo*, *rajaltuda*, *zanca*, *sanfarinfa*, *tuturusco*, *redengado*.

Y otra referencia sumaria de las palabras con que se desingan plantas y animales característicos o conocidos en la región, con el nombre que aquí se incluye: *chayotillo*, *aceitilla*, *talayotes*, *chirlos*, *jaltomates*, *costomates*, *gran-jeno*, *galusa*, *pitacoche*, *viejitas*, *purrichis*, *magalones*, *tortilla con chile*, *agraristas*.

POR LUVINA A RUMBOS DEL SUR

«De los cerros altos del sur, el de Luvina es el más alto y el más pedregoso...» Hay frases de Juan Rulfo que quedaron consagradas, que se recuerdan como una fórmula literaria, santo y seña de la expresión del pueblo, genio y figura del paisaje al cual se refiere, definición de los colores de la tierra y del aire en los rumbos de Jalisco.

Así es Luvina, una región de montañas, de cumbres que se elevan al infinito y está entre ellas, más arriba, la cumbre de este cerro con sus laderas llenas de piedra blanca, con esas piedras que lastiman el ventarrón que sube lamando las alturas.

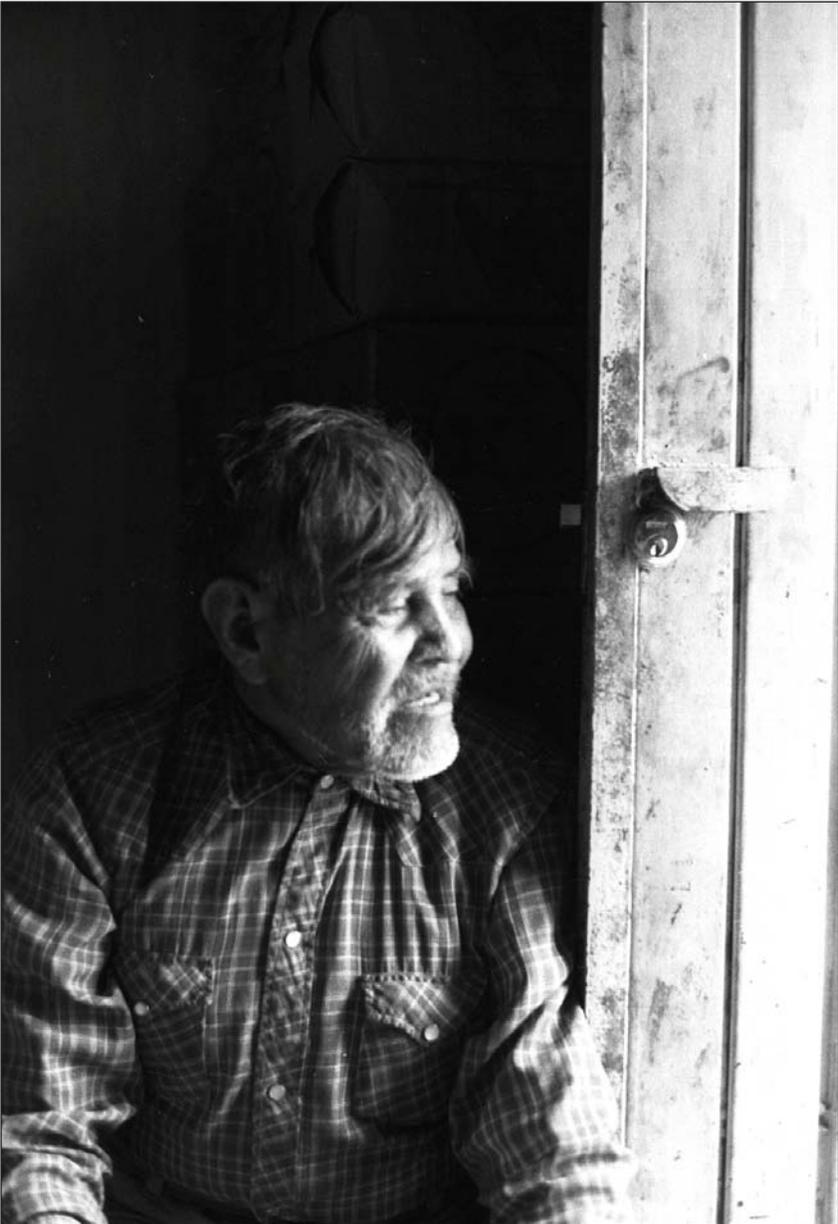
Los grandes literatos de esta región, sensibilidad de estos pueblos, tienen en su sangre la vocación artística, la música, la poesía, la pintura y la escultura, desde aquellos antiguos oficios que dejó en estas comunidades el celo misionero de Juan de Padilla. Pueblos que hilieron sus vidas con el paisaje y con la tradición; pueblos que saben cantar la tonada del bosque y del arroyo; pueblos donde el habla que intercambian las familias lleva un acento tierno, sutilezas y picardías, y, a veces, el impulso vibrante de quien sabe proclamar sus valores y situarlos en el picacho más alto de los volcanes, en la elevación señera de la región, en el cerro alto, la cumbre gallarda, como Luvina, un cerro alto entre los altos cerros del sur.

En el lenguaje familiar de los pueblos del sur se advierte el latido de aquellas vidas, se columbran lejanías infinitas donde los maizales se mueven con el vaivén de un oleaje, se aspira la fragancia de resinas que embalsaman el aire de aquella geografía: Tamazula, Mazamitla, Tapalpa, Mascota e incluso más allá.

Con el nombre de los pueblos, las señales del paisaje y el escenario donde transcurre el vivir callado de las comunidades que empiezan a hablar, la gente de esta región trae a la memoria los vocablos que se encendieron en su vida y les temblaron en la sangre desde los tiempos de Ávalos, desde la consagración que alcanzaron las formas del decir sureño en autores tan reconocidos como Guillermo Jiménez y Juan Rulfo.

El escenario, para traer a él las *Palabras, modismos y expresiones del sur de Jalisco*, quiere adornarse con las luces descriptivas de algunos párrafos de Guillermo Guzmán, alusivos a Zapotlán:

Bellas flores adornaban los alrededores de Zapotlán: a la orilla de la laguna del pueblo, donde las garzas blancas, rosadas y morenas cruzan el azul hechas turbión de pétalos, nacen las flores del tule, lindas como lotos, imponderables luceros enclavados en el temblor de las ondas; en los vallados y en los pantanos revientan los lirios, que se copian con el sortilegio de las piedras preciosas, en las aguas muertas; Los



*Ah, qué usted: nosotros sabemos decirnos bromas, guasas pues.
Aquí vienen y me piden: «oiga, don Nicho, cuéntenos una charra».*

potreros del llano, de ese llano ancho, solemne, rodeado de montañas, se cubren de girasoles y el «moco de guajolote» —flor silvestre—, extiende una alfombra azulmorada.

Y luego una referencia histórica con aires de poesía:

Raros, prodigiosos silencios del amor que, humano y divino, exalta a los seres para realizar milagros. Así, en un gran silencio, veo a Fray Juan de Padilla, franciscano, que allá por el año de 1532 funda en las Provincias de Ávalos la primera capilla de mi pueblo. Fray Juan de Padilla ha de haber contemplado desde la montaña el valle espléndido. La atmósfera tremante de luz envolvió, sin duda, en un halo su cuerpo enteco y sin peso. Sus manos sin sangre, pálidas de sufrimientos, han de haber señalado en santo ademán de alabanza las montañas de raso. Un perfume de beatitud emanaría de la pobreza del sayal, perfume que se difundió cual una bendición sobre las tierras gruesas, morenas, bañadas de lluvia; perfume sutil, vuelto gasa como la niebla que al amanecer brota de los ríos, que ha de haberse enredado en los zapotes y en los granados y en las clavellinas, subiendo como una plegaria hasta los hielos de las cumbres...

No se puede hablar del sur, de su gente, de sus palabras, de sus paisajes, sin el trasudor dulce-amargo por el recuerdo de los tiempos antiguos de estas tierras, sin transcribir siquiera un párrafo de Juan Rulfo, su intérprete por excelencia, ese canto al silencio de la naturaleza...

Muy abajo el río corre mullendo sus aguas entre sabinos florecidos; meciendo su espesa corriente en silencio. Camina y da vueltas sobre sí mismo. Va y viene como una serpiente enroscada sobre la tierra verde. No hace ruido. Un podría dormir allí, junto a él, y alguien oiría la respiración de uno, pero no la del río. La yedra baja desde los altos sabinos y se hunde en el agua, junta sus manos y forma telarañas que el río no deshace.

Y un cuadro plástico en el gozo del amanecer:

San Gabriel sale de la niebla húmedo de rocío. Las nubes de la noche durmieron sobre el pueblo buscando el calor de la gente. Ahora está por salir el sol y la niebla se

levanta despacio, enrollando su sábana, dejando hebras blancas encima de los tejados. Un vapor gris, apenas visible, sube de los árboles y de la tierra mojada atraída por las nubes; pero se desvanece en seguida. Y detrás de él aparece el humo negro de las cocinas, oloroso a encino quemado, cubriendo el cielo de cenizas.

Al amparo de los egregios varones que señorean la literatura del sur, hay que acercarse a la literatura, a la letra palabra, a la palabra pueblo, al pueblo tradición, a la tradición grácil, con gracia y candor de inocencia.

Lo primero que hay que considerar es el pleito reñido que los autores de *Palabras, modismos y expresiones del sur de Jalisco* sostienen contra los diccionarios y su contenido tieso, contra esa su actitud autoritaria que nada sabe o nada quiere saber de ese torrente de vida que bulle en la sangre del pueblo.

El libro lleva dos ediciones, dignas y limpias. Para darnos una idea de su contenido y su importancia, mencionaré sus apartados: «Justificación del título», Ernesto Neaves Uribe; «Manantial que no se agota», Luis Sandoval Godoy; Modismos y expresiones, Apéndice I, «Frasas de la literatura de Juan Rulfo»; Apéndice II, «Teatro y cuento» Ernesto Neaves Uribe»; Apéndice III, «Verso y prosa del presbítero José Ocegüera Méndez». El impulso, la recopilación de más de mil palabras que componen la obra, su interpretación y todo el desarrollo, estuvieron a cargo de Federico Munguía Cárdenas y de Juan S. Vizcaíno.

En el criterio sostenido en esta publicación, que da primacía de vida a las palabras que nacen del pueblo, frente a las palabras muertas que se consignan en los diccionarios, se dice a manera de prólogo:

De alguna manera podría decirse que los diccionarios, como recopilación o registro de palabras, son completamente inútiles.

Bien que fijen su significación, las raíces de donde proceden y todo eso que los estudiosos de una lengua tienen determinado en una serie de capítulos que llevan el sentido exacto de una palabra...

Donde los diccionarios pierden irremisiblemente sus funciones es cuando todos los idiomas entran en el mar revuelto, las arenas movedizas de regionalismos, neologismos, voces del pueblo.

Y es que ha de entenderse el lenguaje como instrumento de comunicación entre seres vivos; él mismo como entidad viva que surge con aliento incontenido, que nace, que se difunde, se extiende y luego también, como los seres vivos, llega a languidecer, a olvidarse, a morir.

Al hojear este libro, salen a los ojos palabras que ya conocíamos y nos causan una extraña emoción: es un acercamiento a las cosas nuestras, el gusto de sentir palpar la sangre, sonar la música, rebullir los sentimientos que tiene nuestra gente en el alma y deja verter en sus modos de expresión...

Para no decir más, pasaremos ahora a la serie de palabras del sur de Jalisco, eligiendo a discreción las que fueron consideradas más pintorescas o más características del modo de hablar de la gente de aquellos pueblos:

ACHACALADO. Maltratado.

ACUETADO. Acohetado, liado, entumido; en referencia al mecate liado con brea, trincado al tubo de carrizo que constituye el cohete.

AGIGOLÓN. Trabajo excesivo. Acto de agigolonear. Enfado, molestia, malestar.

AGORZOMADO. Dominado por alguna persona, emoción o estado de ánimo.

AGÜILARSE. Agüitarse, caer en estado depresivo: «Juan está agüilado».

AÍSCALE. Así precisamente: «¿Así está bien, papá? ¡Aíscale, mijo!»

ALACATA. Alacate. Alacatl, voz náhuatl. Tubo de bule con el que se saca el aguamiel de los magueyes, chupándolo por uno de sus extremos.

AMONARSE. Sentarse.

ANCHETA. Baratija.

APALCUACHAR. Aplastar, golpear algo plano. Apachurrar. Apocar a otro con palabras.

APASTÓN. Aplícate a la persona de cara abultada y tosca.

APILINCARSE. Pararse en la punta de los pies.

ARAÑOS. Hará años: «Araños que no te veía».

ARGENTE. Activo, comedido. «Pancho es muy argente, se acomide a todo».

ARREJOLARSE. Encerrarse. Abandonarse. Retirarse del trato social: «¿Y tu guitarra? La tengo arrojada en el cuarto de los tiliches».

ASOBRONAR. Encimar.

ASTRIOLAS. Anteojos, antiparras.

ATARRAGARSE. Atrancarse, hartarse, comer demasiado.

ATORCANTARSE. Afligirse, achicoparse, atarantarse.

ATRINCHILAR. Estrechar a personas o animales en sitio sin salida. Proteger el cuerpo en algo. Arrinconar trebejos.

BALSA. Bule o calabaza seca y vacía que sirve de recipiente para depositar el aguamiel o el pulque.

BERRACO. Animal en celo. Atribuible a personas.

BILLOGA. Dinero.

BIRRIONDO. Mujeriego, que busca siempre la relación sexual.

BIZVIRINDO. Vivaracho, nervioso, de mirada inquieta y penetrante.

BOCARATO. Persona habladora, presumida.

BORUCA. Murmullo de conversación inentendible.

BULICHADA. Acumulación de objetos.

CACHICATO. Tiovivo, volantín primitivo de madera.

CACHUCO. Falso, malhecho, que carece de valor.

CANCHAR. Canchar a alguien sobre la espalda. Canchir.

CARAJO. Atrevido, canijo. En los siglos XVIII y XIX era voz muy ofensiva.

CHACAMOTA. Acción de girar alrededor de un punto. Insecto.

CHACHALAEAR. Hablar demasiado, sin orden y chillonamente.

CHACHAMOL. Nenúfar, planta acuática.

CHACHINA. Grupo de niños.

CHAGÜISTE. Plaga en la agricultura, hongos. Cualquier calamidad acontecida a una persona, suele exclamarse: «Me cayó el chagüistle».

- CHAMAGOSO. Mugriento, astroso.
- CHAPIL. Manoj grande de hojas de maíz, semillas, etcétera.
- CHAPURRACO. Persona de baja estatura.
- CHARRUSCADO. Mal asado o quemado: «Los elotes estaban nomás charruscados».
- CHEREQUE. Débil, enclenque.
- CHICOL. Instrumento para cortar fruta de los árboles. Tronco con tres puntas.
- CHILUCA. Cabeza, cráneo: «Le acomodó la pedrada en la mera chiluca». «Se cayó de pura chiluca».
- CHINA. Capote de palma. Impermeable del campesino.
- CHINCUAL. Obsesión, terquedad, anhelo fervoroso por algo: «Anda enchincualado con su nuevo hijo que viene en camino».
- CHINGUIÑAS. Lagañas: «Siempre anda chinguiñoso».
- CHIPO. Ombligo.
- CHIPORRÓN. Barrigón.
- CHIRIPETA. Bebida alcohólica.
- CHOCOCUISTLE. Cocuistle, queocuiistle. Fruto de un maguey silvestre que, si se come crudo, escalda la boca.
- CHORRO. Mucho: «Me gustas un chorro». Cursera: «Le dio chorro».
- CHUCHULUCOS. Cosas de adorno poco valiosas. Las golosinas que se compran en el cine. El *domingo* que se da a los niños. Las propinas que se dan por algún servicio: «Para tus chuchulucos».
- CHUPARRÍN. Insecto parecido a la libélula, de cuerpo delgado y cuatro alas transparentes. Por extensión, ancianitos delgados.
- CONCHINFLETA. Despectivo para maquinaria o herramienta: «Se me descompuso esta conchinfleta».
- COQUETAS. Aretes de oro, con la parte inferior plana y en figura de media luna.
- CUACHA. Excremento fresco de res o gente.
- CUACHALA. Potaje hecho con pechuga de pollo, originario de Tuxpan, Jalisco.

CUACHALOTE. Desaseado, malhecho; descuidado en su manera de vestir o expresarse.

CUAMIL. Terreno de siembra en el cerro. Campo de coa. En el diccionario, huerta.

CUÁRACATA. Voz purépecha. Planta de varas delgadas con las que se hacen escobas.

CÚCARO. Cucaracho. Persona con cicatrices de viruelas en la cara.

CÚCHALA. Expresión que se emplea para correr a una persona.

CÚCHILA. Cuchilear. Se usa para azuzar a los perros contra una persona o animal.

CULECO. Clueco. Se aplica al hombre que gusta de cuidar a su niño durante los primeros meses de vida.

DESPUCHINADO. Deshilachado.

ECUARO. Voz tarasca. Sembradío cerril, coamil o desmonte.

EMBOLISMADO. Encobijado, arropado en demasía: «Encontré al enfermo todo embolismado, hasta la cabeza».

EMPERINDIGAR. Emperifollar o emperijilar. Dícese de la persona que se arregla o adorna con exceso: «En la fiesta, Juanita andaba toda empiringada».

ESPAMENTERO. Alharaquiento, exagerado. Corrupción de aspavintero.

ESPIRITIFLÁUTICO. Persona flaca, relamida, rebuscada.

GAMARRA. Instrumento de ixtle, como bozal, para sujetar a los burros. Se aplica también al esposo a quien domina su mujer.

GAZNUCHO. Golpe dado en la cabeza o la nariz con el dedo cordial después de haberlo impulsado con el pulgar.

GUACHICOL. Mezcla de bebidas embriagantes.

GUARRAPA. Especie de espada larga, ancha y delgada, bastante flexible.

GÜELEQUE. Llorón.

GÜILANCHE. Huilanche. Voz michoacana que se aplica al metate sin patas.

- GÜILI. Inválido, que no puede usar las dos piernas.
- HORRA. Se dice de la vaca a la que se le murió el becerro.
- HUCHA. Interjección que se emplea para espantar a los cerdos.
- JETEAR. Rehuir algún asunto o trabajo. Dormir en sueño profundo: «Juan le jeteó bien y bonito».
- JOCOATOLE. Atole agrio hecho de maíz.
- JOCONOXTLE. Una variedad de tuna agria.
- JOLOTON. Vestido holgado, prenda del traje femenino.
- JONUCO. Habitación humilde y pobre. Jacal.
- JORONGO. Cobija parecida al sarape.
- JOSCO. De color muy oscuro. De mal carácter.
- JUILÓN. Tratándose de bestias, que no se dejan atrapar. Desertor. Persona que huye de algo o de alguien.
- JUMEARLE. Estar en un gran apuro.
- JUPIA. Corriendo. «Juan va en jupia».
- LEFIO, SIRIMICO. En extremo delgado. Sangrón, chocante.
- LERENDA. Persona que pierde el tiempo y fácilmente se queda en babia.
- LERENGO. Perona muy distraída que casi todo lo hace mal.
- LÍNGUILI. «Primero línguili, línguili, y luego lóngolo, lóngolo». En asuntos de amor significa que primero mucho amor y después muchos desprecios.
- LURIO. Lureco, distraído, arrebatado, falto de seso.
- MACHIGÜIS. El agua en que se enjuagan las manos cuando tortean.
- MACHINCUEPA. Maroma, chapuza.
- MACHITO. Tortilla caliente hecha taco apretado con la mano, con sal al gusto.
- MACHORRO. Que no puede engendrar hijos.
- MACUCHI. Adjetivo que se aplica a cosas corrientes o malhechas.
- MALLUGAR, MAGULLAR. «Si no compra no mallugue».
- MAMALONCHE. Vuelta, chacamota.

MANCHIR. Canchir, canchar, a manchis. Acción de cargar en las espaldas a alguien.

MARRAÑADO. Cucaracho. Con cicatrices de viruela en la cara.

MENGUICHE: minguiche. Platillo de elote y rajas de chile verde y crema.

MEREQUETENGUE. Barullo, desorden.

MEZONTE. Corazón de la cabeza del maguey, de la cual después de asada y apaleada se extrae el licor llamado mezcal.

MICHI. Tuerto: «Tiene un ojo michi».

MILANGA. Poca cosa de algo.

MINDONGO. Bebida hecha de calabaza cocida y revuelta en un vaso con leche.

MITE. Presumido, entrelucido, exhibicionista. «Mira lo que te pasó por andar de mite en la asamblea».

MOLCATES. Moloncos. Mazorcas de maíz mal desarrolladas, pequeñas, sin granos.

MOLENQUE. Desmolado.

MOLONCO. Molcate. Individuo desmedrado y de baja estatura.

MOLOTE. Envoltorio malhecho. Porción de hilachos que se colocan atados al extremo de un carrizo para quitar el polvo y las telarañas de los techos.

MORLACO. Tecolín, dinero.

MOSONGO. Serio, de pocas palabras.

NACORECHE. Individuo torpe, rudo y andrajoso.

NANGO. Tonto, simple, bobo.

NEJAYOTE. Agua amarillenta del nixtamal.

NISTENCO. Nixtenco. Hornillo sin rejillas, sólo unas piedras para sentar las ollas.

NISTICUIL. Gusano grueso y torpe que vive dentro de la tierra. Son un manjar para las aves de corral.

ÑENGO. Niño enclenque y desmedrado.

ÑERO. Aféresis de compañero.

PACHICHE. Pachichi. Persona arrugada por la acción del tiempo. Producto vegetal que se deshidrata, se hace pachichi. «Ese mango ya se apachichó».

PACHOLA. Porción de masa de nixtamal que se pasa por el metate para darle la configuración de tela encarrujada y que se cuece como la tortilla. Porción de carne molida con algunos olores y que se prepara en idéntica forma para freírse.

PAGUA. Aguacate más grande de lo ordinario, casi esférico, de pulpa blanquizca y fibrosa, dulzón y de cáscara dura.

PAPAQUIS. Llámense así los juegos o diversiones del carnaval en Jalisco. Palabra que se deriva de la voz náhuatl papaquili, que significa feliz o alegre. Música de los papaquis.

PASOJO. Pajoso. Excremento de los equinos.

PAYANAR. Moler en el metate el nixtamal, cacao y otros, en la primera pasada.

PELA. Reprimenda con algunas nalgadas propinadas generalmente por los padres.

PELANGOCHE. Pelagatos. El que habla peladencias, malas palabras o palabrotas.

PETACONA. Mujer ampona y nalgona.

PILIGÜLJE. Niño.

PILINQUE. Niño raquíto.

PIPILEAR. Tomar comida, vino, botanas, etcétera, de aquí y de allá.

POPOYOTE. Maíz podrido.

QUELELE. Ave del tamaño del cuervo, pero de color parduzco.

QUILIGUA. Canasta pizcadora.

REGAMUSA. Reguero de cosas.

REMASCA. Pleito, revolución.

ROCHELA. Reunión de gente disipada a tomar y charlar desordenadamente.

RUNDIDO. Dormido profundamente, sobre todo si es por fiebre. Estar metido en algún lugar.

- SAIXTLE. Viruta de mezcal de pulque hecha con el raspador.
- SALTAPATRÁS. Bebida a base de alcohol que en pocos momentos embriaga por completo al individuo.
- SANFRANCIA. Alegata, riña, desorden.
- SANTULARIO. Beato. Que practica exageradamente la religión.
- SARAZO. Fruta a medio madurar. Leña a medio secar. Individuo borracho.
- SHUTARA. Nombre designado a las indias otomíes.
- SHUTARO. Así denominan en Tamazula a los indígenas que acuden a cosechar la caña de azúcar.
- SIPIL. Chipil, se dice de la criatura en edad de lactancia que se enferma a causa de otro embarazo de su madre.
- SIRIMICO. Sangrón, pesado.
- SOCROSO. Mugroso del cuerpo.
- SORECO. Se dice del individuo atontado y medio sordo a consecuencia de una enfermedad.
- SOREQUE. Casi sordo o sordo entero.
- SÚPITO. Lleno: «Quedé bien súpito». Estático, estupefacto, sorprendido: «Me dejé súpito».
- SURIMBO. Medio loco. Atolondrado, lurio, bembo.
- TACHINECO. Individuo chaparro.
- TAFITE. Golpe con el dedo. Dedazo.
- TÁGARA. Ventajoso, astuto, audaz (tal vez una corrupción de tagarote): «tu cuñada es bien tágara para los negocios». «Cuídate, es un tágara en los tratos».
- TARABILLA. Instrumento de mano para torcer hilos de pita o ixtle. Persona que habla sin descanso.
- TARALATA. Cháchara, cachivache; cualquier cosa de valor nulo o insignificante.
- TATACHES. Implementos, herramientas y materiales de trabajo: «Ya me voy con mis tataches».

TAZOLE. Tlazole, tazol. Desperdicio de hojas de milpa, que quedan en el suelo.

TECOMATE. Vasija de barro o bule de calabaza que se usa para contener las tortillas o depositar el pulque.

TECHALOTE. Especie de ardilla, pero torpe y de mayor dimensión que ésta.

TEJOLETE. Mano del molcajete.

TENEJALES. Tenajales. Residuos de cal que se echan en el agua para hacer el nixtamal.

TEPE. Prefijo para minimizar equivalente a semi, medio, parecido, etcétera. Tepealbañil, tepemúsico, tepemédico.

TICUARO. Borracho.

TINGA. Escándalo y riña entre varios individuos.

TLACAYANQUE O TLACAYANQUI. Máxima autoridad de una comunidad o grupo indígena.

TOPOSA. Planta medicinal de hojas anchas y cenicientas que, sorrascadas y untadas de aceite, se utilizan para curar jaquecas, punzadas, etcétera.

TOTOMOXTLA. Farol. También se le llama así a la envoltura: hojas de la mazorca de maíz.

TRAQUEAR. Esculcar desordenada y furtivamente en cajas, baúles, etcétera.

TRESPELEQUE. Aplícase a la persona, animal o planta que perdió gran parte de su pelo, plumas u hojas.

TUMBABURROS. Amansaburros. Armazón fuerte que se le adapta a los camiones en la defensa delantera para paliar cualquier choque. En son de broma también se le llama así al diccionario.

TUTURUSCO. Aplícase a la persona que se encuentra en el segundo periodo de la borrachera.

UPA. Expresión que se emplea al subir a un niño a una parte más alta de donde está, como a una silla, a un caballo, a una barda, etcétera.



Creo que nosotros somos gentes de bien, no tenemos problemas y, si acaso, sabemos que hablando se entiende la gente.

VALEDOR. Vale, amigo.

VAQUETÓN. Vaqueta, desvergonzado, fraudero, lomudo.

VIEJITA. Colilla de cigarro: «Pon las viejitas en el cenicero, no en el piso». También es una expresión cariñosa para dirigirse a la madre: «Mi viejita es la mejor del mundo».

VIROTE. Pan de harina de trigo o levadura; dulce o salado, hecho en forma alargada, típico de Guadalajara y del sur de Jalisco.

VOLTARIO. Calificativo que dan a las personas voluntariosas y mandonas: «Doña Lupe es una voltaria, de todo se enoja y regaña».

ZAURÍN. Zahorí. Adivino que predice el porvenir. Persona ingeniosa y perspicaz.

Modismos y expresiones

En el excelente y paciente inventario de las palabras del pueblo del sur de Jalisco, no se limitaron los autores al acopio de términos y vocablos; quisieron ir más allá, a las palabras sueltas como material para la composición de vocablos, expresiones o frases cortas, mismas que estuvieron recopilando de todos los rumbos.

En esta colección de casi un millar de modismos, los hay de todos los tipos, acentos y colores; en unos campea la picardía maliciosa de los lugareños; en otros la dulce ternura con que la gente se dice entre sí palabras de afecto; en otros predomina el sentido práctico y resuelto de la comunicación. No falta, además, el acento donde el saber del pueblo, la habilidad para bruñir en dos o tres palabras atisbos profundos de la sabiduría pueblerina, que ya quisieran lograr con tanta precisión y fuerza muchas de las expresiones culteranas que pueden hallarse en los libros.

No se trata de reproducir en su totalidad la riqueza de este almácigo en el cual se nutre el saber popular; sólo, a título de prueba, se reproduce una página de estos modismos y expresiones del sur de Jalisco, tomada al azar:

ME CHOCA. Me disgusta.

ME LATE. Presentir algo que se puede constatar.

ME REPATEA. Me repugna, me choca, me indigna.
 METER EL HOMBRO. Ayudar a alguien, colaborar.
 METE SILLAS Y SACA BANCOS. Que en todo se mete.
 MI GRACIA. Mi nombre: «Mi gracia es Juan».
 MITA Y MITA. Mitad y mitad.
 MONTAR A ALGUIEN EN PUERCAS PINTAS. Encenderle el ánimo con chismes.
 MONTEAR LA MADERA. Cortar y acarrear la madera del monte.
 MOVER EL PETATE. Hacer trampa.
 MUY DE TARDE EN TARDE. Con intervalos largos entre una y otra.
 NI MODO, ¡VAYA PUES! Expresión que demuestra resignación por algo que ya ocurrió: «Se murió Ernesto, ¡ni modo! vaya pues».
 NI ZOCA: negación rotunda de algo que se pretende o no se tiene.
 NO ANDAR CON MEDIAS TAZAS. No hacer las cosas a medias. Terminarlas.
 NO COMÉRSELAS PURAS. Encontrar resistencia u oposición.
 NO DAR PASO SIN GUARACHE. No hacer algo sin obtener ventajas personales.
 NO ENTRAR A VARAS. No dejarse engañar de ninguna manera.
 NO LE HACE. No importa. «No le hace que vengas con guaraches».
 NO PARAGUAS. No tener ya potencia viril.
 NO PODER CON EL TERCIO. No poder con la situación.
 NO SENTIR LO RECIO SINO LO TUPIDO. Cuando se tienen muchos problemas al mismo tiempo.
 NO SOLTAR PRENDA. No dar a maliciar nada.

El lenguaje popular en textos de Juan Rulfo

El contenido de este estudio sobre *Palabras, modismos y expresiones del sur de Jalisco*, llega a su culminación con el rastreo cuidadoso que hace Federico Munguía de la obra de Juan Rulfo, de la cual entresaca de aquí y de allá las palabras, las frases y los regionalismos que dan calor y color sureño a *Pedro Páramo* y a *El llano en llamas*.

Esta parte de la publicación que se está considerando, contiene un testimonio formidable de la fuerza del habla del pueblo, una consagración de los díceres y decires de la gente, que alcanzan así el nivel que tiene el trabajo literario de uno de los escritores de Jalisco situado en un grado de reconocimiento mundial que ninguno otro ha alcanzado. De esta manera vemos que por el mundo andan los dichos de los habitantes de estos pueblos.

Ha de ser reconocida la sensibilidad, el cariño y el afán del estudioso que estuvo recorriendo las páginas rulfianas para dar esta demostración de la vida en que se entreveran los vocablos populares en la creación literaria de un eximio. Tenemos que dar a Federico Munguía un título de honor por su dedicación a todo aquello que se refiere a estos rumbos de Jalisco.

Y, aunque escuece y acucia el deseo de transcribir en toda su extensión las frases de Rulfo emanadas de los aires de estos pueblos, se transcribirán ahora, una vez más, sólo algunos ejemplos sacados de aquí y de allá:

Con lo crecido que están las matas, ya mero se nos meten en las trasijaderas.

Faustino dice: Puede que llueva... y pensamos: puede que sí, pueque... desde que yo era muchacho no vi nunca llover sobre el llano, lo que se llama llover.

Cuando los Torricos venían a sentarse aquí también y ese Esteban acuclillado horas y horas hasta el oscurecer, mirando para allá sin cansarse, como si el lugar este les sacudiera sus pensamientos o el mitote de ir a pasearse a Zapotlán.

Desde luego se engarruñó como cuando da el cólico y comenzó a acalambrarse hasta doblarse poco a poco sobre las corvas y quedar sentado en el suelo, todo entelerido y con el susto asomándosele por el ojo

Como caminar entre un hervidero de gente, igual que si fuéramos un hervidero de gusanos apelonados bajo el sol, retorciéndose entre la cerrazón del polvo que nos encerraba a todos en la misma vereda y nos llevaba como acorralados.

Era como tirarles a boca de jarro y hacerles pegar tamaño respingo de la vida a la muerte.

Me he pasado cosa de cuarenta años escondido como un apestado, siempre con el pálpito de que en cualquier rato me matarían.

Los había visto por primera vez al pardear de la tarde en esa hora desteñida en que todo parece chamuscado...

Hay muchas expresiones más con ese sabor agridulce del lenguaje de nuestro pueblo; muchas referencias a las *Palabras, modismos y expresiones del sur de Jalisco*. En esta pequeña pero magnífica publicación, sigue un Teatro-Cuento escrito por el Prof. Ernesto Neaves Uribe, en el cual encontramos personajes que parecen extraídos de alguno de aquellos pueblos, con sus nombres familiares, el acento ingenuo de la gente y, desde luego, con el lenguaje en que se comunican entre sí.

Y, como postre y despedida, unos versos del Pbro. José Ocegüera Méndez, para mostrar cómo un *Mester de clerecía* en comunión con su pueblo, con su gente y con su habla, se convierte también en *Mester de juglaría*.

Al final de este paseo por aire y suelo, por montañas y hondonadas, por cielo y nubes y, sobre todo, por las tierras del sur, llegamos a este cuarteto del padre Ocegüera:

Encarlangados, a fuer de enchincuelados
No venimos ni de Ur ni de Caldea...
sí en cambio del sur de nuestro estado
a pedirles que salgan, que nos vean.

A decir verdad, señores de aquellas sureñas tierras, ya salieron y han sido bien vistos en las páginas de esta colección de *Culturas Populares*, impulsada por la Secretaría de Cultura del Estado de Jalisco.

LOS CLÁSICOS DEL PUEBLO

Centrando la atención en una zona definida, poseedora de un gran acervo de valores espirituales en una época determinada, en la cual, por sus circunstancias, se dieron expresiones vivaces del lenguaje popular, hemos recogido algunas palabras, según quedó establecido en las referencias que hemos he-

cho del lenguaje de Los Altos, de la región de Ameca, de los rumbos del sur y de la zona norte de Jalisco, donde ésta se confunde con Zacatecas.

Fueron hasta aquí palabras sueltas, voces aisladas, materiales en espera de ser llamados a realizar la función que les corresponde en la construcción de aquellas formas que emplea nuestro pueblo en su comunicación ordinaria.

Queremos hacer trabajar esas palabras, hacerlas funcionar con su valor, fuerza y significado, transcribiendo algunos párrafos de conversaciones textuales, recogidas de diferentes pueblos en indistintas regiones de la geografía comarcana.

El acento espontáneo de estas narraciones; la claridad con que expone cada persona el desarrollo de los hechos que refiere; la construcción gramatical, airosa y de corrección natural; el equilibrio con que establece cada individuo los elementos de su relato, sin dejarse llevar por el sentimiento, la imaginación o el desbordado ardor; nos hace pensar que estos narradores, los narradores del pueblo en general, deben ser considerados clásicos del idioma: un idioma que desde el Siglo de Oro de nuestras letras se ha conservado escondido en el rincón de nuestra provincia.

Por lo demás, se encuentran en el lenguaje del pueblo diferentes voces que tienen aún la frescura del idioma español, guardados en estas tierras mejor que en su país de origen. Tiene que decirse que el *vide* y el *truje*, el *jondo* y el *asina*, que todavía se escuchan en zonas rurales, fueron las palabras que utilizaban los más eximios cultores de las letras españolas en el tiempo de la conquista de la Nueva España.

Santa Teresa y el Arcipreste, *La Celestina* y *El Quijote*, están plagados de esas palabras que ahora podemos considerar incorrectas y, sin embargo, corresponden al más resplandeciente período de la literatura española y al nombre de sus más destacados escritores.

Esto quiere decir que lo que nuestros antepasados aprendieron, lo guardaron y conservaron con esmero. Gracias a ello podemos ir hoy a pueblos escondidos, a lugares a donde no ha llegado el estruendo babilónico que quiere ser expresión de adelanto y civilización, y encontrar todavía el perfume original, la fragancia de un idioma que ni en España ha podido conservarse con los matices, los giros y las palabras que los conquistadores y los misioneros dejaron en esta zona.

Cuando se quieran estudiar a fondo las formas de aglutinación que el español tuvo en los dialectos primitivos de estos pueblos, tendrá que echarse mano de una serie de palabras que ahora como regionalismos, como vocablos localistas, guardan la herencia viva y el testimonio contundente de una asimilación que el tiempo mantiene con expresiva validez.

No ha de aludirse al «habla ranchera» en forma despectiva. Tiene que hacerse mención de ese sedimento hispano, de esa autenticidad primigenia, que nos permite escuchar a esta gente casi como si estuviéramos escuchando a los clásicos de la Edad de Oro del idioma español.

Una semejanza de los textos clásicos con las expresiones de la gente de nuestros pueblos se establece con la simple lectura de ambos, según se comprobará en los párrafos siguientes, en donde combinamos indistintamente los dos periodos.

De la *Relación Anónima Primera* de la jornada que hizo Nuño de Guzmán a Nueva Galicia, febrero de 1531:

En este pueblo (el Teúl) se detuvo tres días y no más, a causa que los bastimentos estaban alzados y no se podían haber por estar por los montes escondida la gente y bastimentos; quemáronse todos los edificios, por ser todos o lo más, cúes donde hacían sus sacrificios, creese así, por lo que allí pareció como por lo que algunos indios dijeron, ser aquella la cabeza de toda aquella tierra. Desde aquí el gobernador Nuño de Guzmán determinó de dividir su ejército en dos partes, así porque pensaba pasar necesidad de bastimentos, como porque tuvo noticia de un indio que se dijo servir al señor de aquella provincia de mensajero, que por el comedio de aquella tierra él sabía de un camino de nueve jornadas, que aunque en él había pocos pueblos, al cabo de las dichas nueve jornadas había una provincia muy grande y muy abundosa.

De *El Lazarillo de Tormes*, anónimo, 1554:

E assi me fuy para mi amo que esperándome estaua. Salimos de Salamanca y, llegando a la puente, está a la entrada della un animal de piedra, que casi tiene la forma de toro, y el ciego mandóme que llegase cerca del animal e, allí puesto, me dixo: Lázaro, llega el oyido a este toro y oyrás gran ruydo dentro del.

Yo simplemente llegué creyendo ser así. Y como sintió que tenía la cabeza par

de la piedra, afirmó recio la mano y dióme una gran calabaza en el diablo del toro, que más de tres días me duró el dolor de la cornada, y díxome: «Necio, aprende; que el moço del ciego vn punto ha de saber más que el diablo».

Combate en la sierra de Morones, 4 de noviembre de 1927, de *Coraje Cristero*, de Jean Meyer, 1981:

... acies que benimos a dormir a la mesa de la Tapona de nuevo como era la parte más alta de la cierra todos de muy mal humor porque lo que acababa de acontecer trabajar todo el día para que en hun rato se perdiera y todabia no fue todo otro dia los pacificos llebandonos tortillas para que comieramos iban muy confiados curiociando los muertos que abia en donde abia cido el combate muchos cadaberes de los federales y caballos por tle tepetate todos muertos pensando subir a la cumbre y hallarnos a nosotros y que los ban viendo los federales y lo arrebatá a balazos por la cuestabajo, me platicaba un señor que llegaban unas peñitas y nomas bolaban para abajo despues nos serbia para reir pero en ese rato no sabían ni de ellos mismos...

De las memorias manuscritas de Agustín Valdés ,con la ortografía del original, 1982:

El año 1926 abía un muchucho llamado Francisco Bretado baquero de doña Bartola Arellano, yo lla abia dejado de cuidar vacas mesusedio mi hermano Federico que nepas descansa y dicho Francisco tenia undominio sobre mi hermano pues cuidaba vacas a la ora que el queria y lo pajueliaba con laonda y lo amagaba a que le cuidara sus vacas los Domingos era de todo el día y cuando le cuidaba para que mi carnal fuera a comer tenia que llebarle dos tortillas con queso o algo notan mal y cuando dicho taco no le gustaba lo cueriaba y siempre se comia el taco.

Cansado mi hermano me chismio y como no tenia esperiensa y crea uno que eso de peliar era cosa de primera necesidad me fui cuando mi hermano sefue a comer y le dije llevas puras tortillas me meti en una labor en la orilla cuando llego mi hermano con el taco depuras tortillas se le puso bueno pero sali ala defensa y no le di tiempo de que lepegara, lo rrete y asepto el duelo y calamos canillas...

Relato de Eugenio Hernández, cristero de Teocaltiche. 1964:

Agarramos el camino de la sierra y nos fuimos ai por la Sierra Fría, una sierra muy lóbriga, un pinal que ya a las tres de la tarde ya no se ve, ya está oscura la sierra; los hojarascales le dan a uno a la rodilla: Se oyen los ruidos de animales, serán los coyotes o sólo Dios sabe. Se oye que toda la noche corren. Y unos pinos zumban toda la noche.

Yo traiba nomás mi puro caballo y la zaca con unas tres tortillas; y que se escurece y que no se escurece, y que se escureció. Ni gente oyía ni nada, ni ruidos, ni nada nomás que yo solo. Me arrimé a un pino y de un renuevo de un encino amarré mi caballo. Le di cabrestante para que cenara, me fui y me senté al pie de aquel pino y se me rodaron las lágrimas...

De Los nombres de Cristo, fray Luis de León, 1527-1591:

Es la huerta grande y estaba entonces bien poblada de árboles, aunque puestos sin orden; mas eso mismo hacía deleite en la vista y, sobre todo, a la hora y la sazón. Pues entrados en ella, primero por un espacio pequeño se anduvieron paseando y gozando del frescor; y después se sentaron juntos a la sombra de unas parras y junto a la corriente de una pequeña fuente, en ciertos asientos. Nace la fuente de la cuesta que tiene la casa a las espaldas, y entraba en la huerta por aquella parte; y cayendo y tropezando parecía reírse. Tenía también delante de los ojos y cerca se veía el río Tormes, que aún en aquel tiempo, hinchaba sus riberas, iba torciendo el paso por aquella vega. El día era sosegado y purísimo, y la hora muy fresca.

De Jovita Valdovinos, de Jalpa, Zac., entrevistada en 1982:

Dijo, no, no te voy a dejar; pos de ahí seguí yo caminando; ya llevaba los pies así de hinchados, y siempre, no hubo más: monté un caballo seguro, bueno. Llegamos. Se campó ahí cerca de unas casitas. Luego vino y me dijo: Jovita, tengo que hablar contigo. Le dije, mire, si tiene algo que hablar conmigo, háblelo de una vez porque yo no quiero saber más de usted. Dijo, no pos te voy a llevar. Usté no me puede llevar a mí porque no le debo nada. No, dijo, no le hace; ya sé que no me debes nada, eres inocente pero te voy a llevar, por tu voluntad o a fuerzas, como tú quieras y gustes pero te vas

a ir. Y se fue. Dijo lo que dijo y luego dio la media vuelta y se empezó a subir para arriba con la demás gente y la gente de nosotros, los que había dejado. Entonces todavía mi hermana y mi cuñado, a pesar de que ya lo había dejado en libertad, nos siguieron hasta el lugar que le dicen el Cerro de la Coronita que está cerca de Morones, de la mera Sierra de Morones y hasta allí nos siguieron con la esperanza de suplicarle y de decirle; ella estaba en estado y estaba esperando una niña y dijo: oiga, mi general, nosotros, yo en realidad, vengo rendida, usted sabe por qué...

Así habla la gente del pueblo. La transparencia y propiedad de su lenguaje, el empleo de términos castizos tan iguales a los que emplearon los clásicos del Siglo de Oro castellano, corresponden a un vivir límpido y sosegado, a una emoción pura, no contaminada en el tósigo asfixiante de las populosas ciudades.

Don Alfonso Reyes se entusiasmaba en la contemplación de ese remanso de valores humanos que esconden nuestras provincias olvidadas, y decía que la misión de éstas es, cabalmente, la de ofrecer un almáximo de virtudes que vivifiquen el ser nacional, cuando los solistas de la cultura empiezan a perderse en virtuosidades.

Nosotros decimos que en el espacio donde se enclavan las poblaciones silenciosas y limpias, allá donde todavía el aire es claro, la montaña se cubre de vegetación y el arroyo corre saltando entre riscos, se conservan las esencias vitales de México; como en el arcón de la abuela, oloroso a membrillo.

Esas esencias tienen referencia en primer lugar al modo de hablar de nuestra gente, con su lenguaje fresco, con su comunicación espontánea y libre, con un impulso que hace brotar todos los días vocablos nuevos, giros inesperados, lo cual es singular aliento prístino de los más altos valores de nuestra mexicanidad.

LA MESA ALTA RECLAMA NUEVA PRESENCIA EN ESTE LIBRO

La Mesa Alta no se refiere a un mueble doméstico, sino a una mesa o meseta de alto nivel o, dicho en la gracia geográfica, lo referente a Los Altos, alturas o alteños.

Para no imbricar más los conceptos ni las realidades, hay que decir que en la región de Los Altos, de tierras duras, con vegetación de espinos, de roca



Nos trajeron de una sierra de por allá. Y resultó que antes nadie nos entendía ni nosotros entendíamos lo que decía la gente.

viva, se extiende en una ladera el caserío de Jalostotitlán. Aquí, cuanto les negó la naturaleza, lo dieron sus hombres con creces, y fecundidad de espíritu, y luces de inteligencia, en creaciones literarias que ya quisieran otros pueblos de aquel mismo rumbo. Hacia allá enfilan los aires de las siguientes páginas.

Desde allá nos llega un texto y una investigación del contador público don Trinidad Padilla Lozano, una aportación a esta relación del lenguaje popular de Jalisco, la cual abarca en lo posible los gestos y matices de cada una de las regiones de nuestro estado. Ya que a los pueblos del Sur se les abrieron las puertas y se dieron tantas señales y referencias sobre las formas del decir de su población, justo es que a los alteños que cuentan, valen y tienen un sitio reservado en las definiciones del genio y figura de Jalisco se les de otro lugar para la Mesa Alta, para las sesudas observaciones de don Trinidad Padilla Lozano acerca del decir de su gente.

Antes que nada, haremos sitio a las sustanciosas observaciones del distinguido jalostotitlense acerca de los orígenes, la conformación y el correr de los vocablos populares por la sangre de aquellos pueblos:

El ser humano es el único ser vivo que no puede prescindir de un sistema efectivo de comunicación con sus semejantes; se ha dicho que el hombre es un ser eminentemente sociable y esa asociación con otros hombres no podría mantenerse y dar buenos frutos, si no fuera por el lenguaje hablado que le permite transmitir sus conocimientos, sus experiencias y hasta sus más recónditos pensamientos y emociones; gracias a estas comunicaciones el hombre se mantiene como rey de la creación encima de cualquier otra creatura.

El hombre creó el lenguaje a través de los siglos y lo fue perfeccionando hasta convertir los sonidos en signos, creando la escritura que le permitiría dejar a la posteridad sus pensamientos y la noticia de sus acciones.

Pero ni el lenguaje oral, ni la palabra escrita llegaron a su perfección en las generaciones que los crearon, ya que tardaron siglos en madurar y consolidarse a través de las aportaciones lingüísticas hechas por las generaciones que no sólo los han mantenido con vida, sino que los han enriquecido con nuevas palabras y nuevos giros gramaticales aplicados a las cosas nuevas creadas por el ingenio humano.

Se puede decir que como todas las obras creadas por el hombre, el lenguaje supera en duración al hombre mismo, no sólo en tiempo sino en versatilidad, en

dinamismo, en capacidad de adaptación y difusión y perfeccionamiento. El hombre, aunque de vida efímera, tiene vocación y capacidad de trascendencia y al crear el lenguaje, que también es un ser vivo, que se mueve, se actualiza y transforma, logró trascender a través de los siglos y seguirá haciéndolo mientras el ser humano esté sobre la tierra.

Como prueba de la capacidad de adaptación del lenguaje, están los vocablos que día con día va creando el hombre para llamar a las cosas nuevas que produce. Ese enriquecimiento del idioma producido por el hombre, no sigue ninguna regla gramatical. El hombre rústico no puede pensar en tecnicismos, ni le interesan las bases teóricas en que se funda el Diccionario de la Real Academia de la Lengua; tampoco respeta las cuatro partes de la gramática, pues el pueblo ha creado su propia analogía, sus sintaxis, su prosodia. La ortografía es acaso la parte de la gramática que sufre menos violaciones. Ya que los términos que el pueblo va creando en forma arbitraria, generalmente permanecen en el ambiente del lenguaje hablado y raramente se escriben, luego no hay lugar para que se violen sus preceptos.

Los modismos, neologismos y regionalismos se producen generalmente en los más bajos estratos sociales, ya sea en el campo, en el mercado, en la fábrica, en la oficina, en la calle o en el seno de las familias. Partiendo de esta base, se puede decir que el pueblo en general tiene el privilegio de crear, modificar, enriquecer e inclusive corromper el idioma que le sirve para comunicarse. Las Academias, los lingüistas y las universidades lo único que hacen es recolectar las nuevas voces creadas por el pueblo, estudiarlas, clasificarlas y vigilar su expansión y duración, e incorporarlas al Diccionario de la Lengua.

Las palabras, modismos, neologismos y expresiones populares que vendrán a continuación, son las que he venido escuchando desde niño de labios de mis padres, familiares, vecinos y pueblo en general en el municipio de Jalostotitlán y constituyen una demostración de la flexibilidad que tiene el idioma castellano, al tiempo que da fe del ingenio del pueblo para manejarlo, con el objeto de lograr el último fin que tiene el lenguaje, la comunicación entre los seres humanos.

Hice esta recopilación para rescatar del olvido aquellos vocablos o expresiones caídas en desuso y proteger los que todavía están en boca del pueblo, hacerlas que se difundan para beneplácito de otros hispanoparlantes que podrán beneficiarse con su uso, o simplemente como curiosidades filológicas, o por lo menos como muestras de la creatividad humana.

Si no realizamos ahora esta tarea de rescate y protección, quedaremos con deuda moral que nuestros descendientes nos reclamarán por haber sido indolentes y haber permitido que desaparecieran ante la avalancha de términos nuevos, principalmente extranjerismos que nos han estado invadiendo desde mediados del siglo XX, acarreados y difundidos por los medios masivos de comunicación o por la migración constante de nuestra gente a países de cultura diferente y de valores extraños a nuestra forma de ser como pueblo de raíces hispánicas.

Antes de hacer la recopilación de vocablos y expresiones alteñas, es preciso remarcar la importancia y el mérito de este trabajo, de su exhaustiva amplitud y profundidad en tiempos y lugares y, sobre todo, lo que este esfuerzo significa para conocer a fondo el habla popular de Jalisco.

En los vocabularios que se han presentado hasta ahora, se ofrecen las palabras aisladas, únicamente con su significado, en el sentido que el pueblo les da y con lo que mediante ellas se quiere decir. Es como un acervo de material puesto como los bloques de piedra, como la materia prima que se ha reunido y se ha presentado al artista, al modelador de figuras e imágenes, para que con todo ello realice su obra.

Parece que don Trinidad Padilla Lozano fue hasta allá. En su pesquisa trató de encontrar las expresiones, ya en la construcción, ya en lo que el pueblo amasó, cinceló y esculpió en su comunicación diaria; pasando de las palabras aisladas a los juegos de palabras; trató de descubrir las frases donde los vocablos fríos adquieren calor, tienen vida, alcanzan palpitaciones estremecidas con la ingenuidad o la malicia, con el tono de amistad, de burla o de desprecio, con el sentido jocoso o la intención de picardía; con lo cual «suele el pueblo hablar con su vecino».

Con las expresiones recopiladas de las tierras altas de aquella región, se hace un aporte jugoso, una contribución pródiga a todo cuanto se pueda decir acerca del lenguaje de los jaliscienses. Así ha de reconocerse la importancia de una edición completa del trabajo de don Trinidad, en vez de la selección de algunas de esas expresiones que por razón del equilibrio necesario frente a la aportación de otros estudiosos se está haciendo aquí.

Dicho esto, es tiempo de entrar al mundo tan sugestivo del habla de la gente de aquella región, con su acostumbrado juego en las expresiones.

A FUERZA NI LOS ZAPATOS ENTRAN. Se aplica a aquellos casos en que se tiene que realizar un acto con extremada rapidez para lograr algún propósito que se considera urgente o para eludir un peligro inminente.

A SOL Y SERENO. Se dice de las cosas que se dejan abandonadas a la intemperie y quedan sujetas a las inclemencias del tiempo.

A TU PERRO LE DAS PALOS. Es una forma de dar a entender que el mal resultado que traerá consigo una mala acción repercutirá única y exclusivamente en contra del mismo que la ejecuta.

A VER SI COMO RONCAS DUERMES. Así se le dice a una persona a la que se le quiere demostrar que no puede cumplir con aquello para lo que dice tener mucha habilidad.

ABAJEJO DIJO EL VIEJO. Voz con que se conmina a un niño a bajarse de la cama o de algún mueble donde está brincando.

ACLARAR PARADAS. Expresión que se usa para dar a entender que es necesario poner en claro las diferentes posiciones de dos personas, aclarar malos entendidos o conciliar puntos de vista.

AGÁRRENSE QUE VA A TEMBLAR. Señal de advertencia de que se avecina un peligro o consecuencias nefastas debido a la aparición de circunstancias nuevas que son desfavorables en forma general.

AGORZOMADO. Triste, desanimado o frustrado porque las cosas no salen como él quisiera o por recibir malos tratos que no puede evitar.

AGUACHINAR. Calificativo que se aplica al terreno que ha sido anegado por el agua y que ha quedado tan encharcado que no se puede trabajar en él.

AHUECAR EL ALA. Salirse de un lugar donde no se le necesita o no se le quiere.

AL TROCHE Y MOCHE. Expresión que se usa para describir la forma irregular y precipitada en que se realizó un trabajo, sin seguir las reglas elementales para que resulte bien hecho.

ALCANFOR. Alcahuete que pone en contacto a dos personas de distinto sexo, con fines deshonestos. Persona que permite, tolera o solapa el mal comportamiento de otra.

ALMEAR. Lugar donde se guarda la pastura para los animales del rancho.

AMACHARSE. Empecinarse en una cosa con razón o sin ella; calificativo que hace alusión a la terquedad de las mulas y los machos; a los que no se hace entrar en razón se les corrige sólo con golpes.

AMARRARSE LA TRIPA. Reducir considerablemente los alimentos, por falta de dinero para adquirirlos o por la carencia absoluta de recursos.

ANCHO COMO VERDOLAGA. Orgulloso y presumido por lo que tiene, ya sea bienes materiales o hijos sobresalientes en el estudio o en el trabajo.

ANDURRIAL. Paraje extraviado en el campo, fuera de las rutas de tránsito más comunes. También se refiere a los barrios bajos de los pueblos o ciudades, carentes de drenaje y pavimento.

ANGURRIOSO. Ambicioso, avorzado en el comer, que no tiene límite su gula.

ANSINA. Deformación del término arcaico del castellano «asina», es decir, «así, de esta manera».

APELMAZAR. Comprimir una cosa esponjosa o hueca para que ocupe menos espacio al guardarla o usarla.

APLASTARSE. Sinónimo de sentarse, se usa generalmente en forma de censura o reproche.

ARGUENUDO. Calificativo que se aplica a un hombre perezoso de cualquier edad, sin oficio ni beneficio y que vive como parásito de los demás, generalmente de su propia familia.

ARMARSE. Este es un sinónimo de empeñarse, adoptar tercamente una idea hasta conseguir que se haga realidad.

ARRASTRAR LA COBIJA. Se dice de aquellas personas que andan desanimadas por fracasos sufridos, o bien, que están excesiva-

mente débiles por haber sufrido una enfermedad prolongada o por falta de alimento suficiente.

ARRENTOLLADO. Se dice de aquél que hace las cosas atropelladamente, con violencia y sin asegurarse de que estén bien hechas.

ASUSTAR CON EL PETATE DEL MUERTO. Amedrentar a alguien advirtiéndole riesgos difíciles, o castigos imposibles de cumplir.

BADULAQUE. Se aplica a las personas bobas o tontas. También se aplica a las personas que se creen muy listas sin serlo.

BUENA REATA. Calificativo que se aplica a los buenos amigos que siempre están dispuestos a ayudar desinteresadamente.

CABEZA DE ESCOPLA. Término con el que se identificaba a los soldados del ejército federal durante la guerra cristera, haciendo referencia a la forma de su chacó.

CAER COMO AGUA DE MAYO. Los calores de abril y mayo en los altos resecan la tierra y la vegetación parece morir convirtiéndose en páramo; por esta razón, si algún anhelo tiene el campesino en esas fechas, es que caiga la primera tormenta. Este anhelo se compara con la alegría causada por una persona que llega y es bienvenida, no sólo por aprecio al recién llegado, sino porque podría remediar una necesidad.

CAGATEMPLOS. Calificativo que se aplica a las personas, particularmente mujeres, que se pasan todo el día en la iglesia descuidando sus obligaciones de esposas y madres.

CARA DE PALO. Se llama así a las personas que momentáneamente o en forma permanente muestran una cara sin expresión, es decir, que no manifiestan ni tristeza ni contento.

CARGAR HASTA CON LOS TENAMASTES. Se dice de aquellas personas que al mudarse de un lugar a otro no dejan rastro de cosas, ni siquiera las que no tienen valor ni utilidad alguna. La expresión alude a los tenamastes, que son piedras entre las cuales se enciende el fuego en las cocinas de los ranchos para cocer los alimentos.

COLMAR EL PLATO. Aburrir, enfadar. Acabar con la paciencia de alguien.

COMER A DOS CARRILLOS, Comer en exceso y desordenadamente.

COMER EL MANDADO. Anticiparse en la recepción de un beneficio que correspondía a varias, al cual todos tenían derecho.

COMO A PERRO EN BARRIO AJENO. Expresión en sentido figurado que se usa para describir la forma en que una persona es maltratada, de la misma manera como los perros de algún barrio muerden y hacen huir a otro de barrio diferente.

COMO AGUA EN BATEA. Así como el agua se mueve de un lado a otro cuando se le lleva en una batea, así algunas veces se obliga a la gente a ir de un lugar a otro en busca de algo que le interesa, pero que se le podría conceder sin dar tantas vueltas.

COMO PALO DE GALLINERO. Dícese de la forma exagerada en que una persona puede ser maltratada verbalmente, haciendo referencia al lugar sucio en el cual se paran las gallinas a dormir.

COMO PIEDRA EN POZO. Esta expresión da entender que una persona está tan aislada de las demás que no se entera de ninguna noticia ni participa en las actividades sociales del grupo.

CON LA MANO EN LA CINTURA. Así se da entender que una tarea se puede realizar con suma facilidad, ya que requiere sólo de una mano para ejecutarla.

CON SU PAN SE LO COMA. Forma de advertir a alguien que por su mal comportamiento lo obligarán a aceptar las consecuencias negativas que le sobrevendrán.

CUANDO SAN JUAN BAJE EL DEDO. Frase con la que se quería dar a entender que un suceso esperado no ocurriría nunca, así como la imagen de san Juan Bautista jamás bajaría el dedo que normalmente apuntaba hacia el cielo.

CULISECO. Palabra que se usa en tono ofensivo para llamar a otro que está excesivamente flaco de carnes.

CULECA. Deformación de la palabra chueca que se aplica a la ga-

llina que se echa a empollar los huevos, después de haber sido pisada por el gallo.

DAR BRAGUETAZO. Esta es una forma muy coloquial de decir que un hombre se casó con una mujer rica por su dinero.

DAR PATADAS DE AHOGADO. Hacer los últimos esfuerzos desesperados para evitar un daño que parece inevitable.

DARLE VUELO A LA HILACHA. Se dice de aquellas personas que, aprovechando la libertad que disfrutan, se dedican a divertirse y adquirir vicios.

DARSE BAÑOS DE PUREZA. Se dice de aquellas personas que se auto alaban para hacer creer a los demás que tienen mucha rectitud y que son incapaces de actos socialmente reprobables.

DE QUÉ CUERO SALEN MÁS CORREAS. Con esta expresión se da a entender que el ganador de un enfrentamiento a golpes será el que tenga más fuerza, más habilidad para golpear y resistir.

DE SU RONCO PECHO. Hablar para desahogarse, estando disgustado y sin medir el significado y consecuencias de las palabras.

DESDE QUE DIOS AMANECE. Expresión coloquial usada especialmente por la gente de campo para dar a entender que una actividad o un suceso se inician desde la hora del alba; es decir, desde antes que salga el sol y generalmente con duración de todo el día.

DESPACHAR CON CAJAS DESTEMPLADAS. Rechazar a alguien que llega a pedir un favor o disculparse, haciéndolo de mal modo y sin satisfacerlo.

DONDE LA PUERCA TORCIÓ EL RABO. Expresión con la que se da a entender que un proyecto o idea fracasaron al encontrar obstáculo insalvable.

ÉCHALE MÁS AL COSTAL. Expresión coloquial que las madres dicen a sus hijos cuando se portan mal, advirtiéndoles que están llevando cuentas de sus faltas y acumulándolas para tenerlas presentes al aplicar el castigo que les impondrán.

ECHAR EL GATO A RETOZAR. Actuar con libertad y sin tener a alguien que esté vigilando y censurando lo que hacemos.

EL COMAL LE DIJO A LA OLLA. Se dice de aquél que tiene los mismos defectos que aquella persona a la que critica.

EL QUE DA Y QUITA, CON EL DIABLO SE DESQUITA. Frase con que se critica a una persona que habiendo regalado una cosa, después se arrepiente o se olvida que la regaló y pide que se le regrese.

EN MENOS QUE CANTA UN GALLO. Hacer o lograr algo rápidamente, en menos tiempo del que se suponía.

EN TU SALUD LO HALLARÁS. Advertencia que se hace a alguien para desanimarlo a ejecutar una acción peligrosa, recordándole que las consecuencias tendrán que ser pagadas por él mismo.

ÉNTRELE A SAN JUAN BAILANDO. Expresión festiva con la cual se anima a alguien a participar en una acción que promete diversión.

ESTAR CURADO DE ESPANTOS. No dejarse atemorizar por un riesgo real o probable, por tener experiencia previa en el manejo de las circunstancias que lo producen, experiencia que le permite evitarlo o neutralizarlo.

FACETO. Remilgoso para comer, ya sea porque nunca tiene apetito o porque no le gusta la comida. También se usa para manifestar que alguien es presumido o exhibicionista.

FAJARSE LOS PANTALONES. Ponerse enérgico ante una orden que se pretende desobedecer.

GUANTADA. Golpe que se da a mano limpia, sin guantes ni armas.

HACER DE LAS AGUAS. Eufemismo para llamar en forma discreta el simple acto de orinar.

HACER PACHOCHA. Ahorrar con constancia para acumular dinero y tener un capital.

HACERSE CRUCES. Expresión con la que se manifiesta que a pesar de hacer un análisis concienzudo, no se entiende cómo o por qué aconteció un suceso desgraciado, o por lo menos desagradable.

HASTA POR DEBAJO DE LA LENGUA. Frase con la se intenta amenazar con castigo corporal a alguien, o para describir la forma brutal en que alguien fue golpeado.

HECHO LA MOCHA. Así se dice de aquél que se mueve rápidamente en la actividad que realiza.

HIJO DE LA TIZNADA. Eufemismo para no lanzar el insulto tradicional que todo mundo conoce.

INQUINA. Sinónimo de rencor, mala voluntad o aversión de mala fe.

JUGAR EL DEDO EN LA BOCA. Prometer a otro hacerle algún favor o procurarle un beneficio sin tener intenciones reales de cumplirle, sino sólo para quedar bien o divertirse a sus costillas.

LA COSA ESTÁ QUE ARDE. Expresión muy común para dar a entender la existencia de una crisis de cualquier tipo que pone en peligro la estabilidad general.

LA SACA DE LOS AVÍOS. Se llama así a la bolsa con asas, hecha generalmente de hilillo (esparto), en la que los rancheros llevaban sus comestibles para la comida de la semana.

LEBRÓN. Según el diccionario, esta palabra se usa para designar a una persona tímida y cobarde (parecida a la liebre), pero en los Altos de Jalisco tiene un significado completamente opuesto, ya que se aplica a aquellas personas bravuconas que buscan camorra por los motivos más triviales. Aparentemente esta acepción proviene del nombre de Lorenzo Lebrón de Quiñones, oidor de la Audiencia de Compostela en 1549, que tenía fama de pendenciero, apasionado y vengativo, por lo cual fue expulsado de la región y enviado por el virrey Velasco de visitador a Oaxaca y las mixtecas.

LIMOSNERO DE PAN DE HUEVO. Expresión que se usa para describir la actitud altanera de alguien que pide un favor y exige que se haga en las condiciones que más le favorecen.

LLEGAR LA LUMBRE A LOS APAREJOS. Expresión en sentido figurado que se dice de una persona que está cerca de ser víctima de

un peligro inminente, haciendo la comparación con un jinete que cabalgando en burro atraviesa un campo ardiendo en llamas.

LLEVAR ENTRE LAS ESPUELAS. Esta frase hace referencia al hecho de que una persona de mal comportamiento involucre a otra en sus negocios turbios, perjudicándola en su reputación o en sus intereses económicos.

MANDAR CON CAJAS DESTEMPLADAS. Rechazar de mala manera a alguien que viene a pedir un favor.

MAROTA. Se dice de las muchachas adolescentes que se mezclan con los hombres para practicar con ellos juegos propios del sexo masculino.

MÁS CLARO NO CANTA UN GALLO. Se dice así para dar a entender que el asunto de que se ha tratado es tan claro y fácil de entender como claro es el canto del gallo, que no se puede confundir con el de ningún otro animal.

METERSE EN CAMISA DE ONCE VARAS. Esta expresión debe ser muy antigua, considerando que las varas son una medida de la época colonial; da a entender que el sujeto a que se está refiriendo incurrió en errores serios que lo tienen en una situación muy comprometida y a la que no se le ve salida.

NI CANTATES, NI BAILATES, NOMÁS TE DESACREDITATES. Se dice en tono de burla a aquél que desobedeciendo las órdenes recibidas se empeña en realizar alguna acción en la que además de faltar a sus deberes, no alcanza los propósitos que lo llevaron a desobedecer.

NI ATA NI DESATA. De este modo se describe a las personas que no hacen nada bien, por más fáciles que sean las tareas que les encomiendan.

NI POR AI TE PUDRES. Se usa como queja para dar a entender que alguien no ha sido tomado en cuenta para algún asunto en que estaba interesado al igual que otras personas; las cuales intervienen en la búsqueda de la solución, sin tomar en cuenta el parecer de quien emite la queja.

NI REY NI ROQUE. Otro de tantos modismos creados por la gente de rancho para referirse a una persona que se hace cargo de una tarea de interés general, o para dirigir una familia o un grupo de personas con intereses comunes.

NI SOCA. Forma de decir que no quedó cosa alguna de algo que había en abundancia, o por lo menos para satisfacer las necesidades de todos.

NIGUA. Forma despectiva con que los rancheros llaman a sus hijos cuando son niños o adolescentes.

NO DAR AGUA NI AL GALLO DE LA PASIÓN. Así se dice de una persona excesivamente tacaña y egoísta, que no es capaz de hacer un favor o dar una ayuda económica ni al más necesitado.

NO DAR PASO SIN HUARACHE. Se aplica a una persona que es incapaz de hacer un favor y, si lo hace, siempre espera recibir una recompensa mayor al favor concedido.

NO NIEGA LA CRUZ DE SU PARROQUIA. Cuando una persona muestra fidelidad al grupo humano al que pertenece, se dice que «no niega la cruz de su parroquia».

NO SENTIR LO DURO SINO LO TUPIDO. Esto se dice cuando alguien tiene que enfrentar varios problemas, y en cuanto resuelve uno, hace su aparición uno nuevo sin permitirle reposo.

NO TENER VELA EN EL ENTIERRO. Forma coloquial muy común que da entender que no debemos intervenir en asuntos que no nos incumben.

ÑENGO. Calificativo que se aplica a personas excesivamente flacas.

PARECE QUE TRAES GUSANOS EN EL CUAJO. Frase que se dice a las personas inquietas, particularmente sin son niños que no pueden estar tranquilos cinco minutos.

PATARATO. Adjetivo que se aplica a aquél que por carecer del sentido de la vista, por alguna enfermedad en las piernas o por andar beodo, camina torpemente apoyándose en lo que tiene a la mano.

PAZGUATO. Se llama así a las personas tontas por falta de instrucción o por deficiencias mentales que les impiden razonar.

PERDER LOS ESTRIBOS. Perder el control de sí mismo, no pensar en las consecuencias de los actos.

PETATEARSE. Forma coloquial para decir «morirse». Las gentes dormían en un petate, y allí también les llegaba la muerte, de ahí el vocablo.

PLATO DE SEGUNDA MESA. Expresión de mal gusto que se utiliza cuando un hombre se casa con una mujer viuda o que antes tuvo aventuras con otro.

POISTEQUE. Calificativo a las personas remilgosas para comer, es decir, que son muy delicadas de paladar.

PONER DE VUELTA Y MEDIA. De este modo se describe la intensidad de una regañada que se acompaña de insultos y palabras gruesas.

PONER PIES EN POLVOROSA. Forma para decir que alguien huyó al sentir un peligro inminente.

POR LA CALLE DE LA AMARGURA. Da a entender que alguien está padeciendo. Tiene su origen en la representación piadosa de la pasión de Cristo en las calles del pueblo. Por analogía se dice que una persona anda por la calle de la amargura cuando sufre problemas económicos, rechazo social o enfermedades dolorosas.

PUÑETES. Heridas ocasionadas con un puñal. Lo que se dice ahora, puñaladas.

DIOS LO TENGA EN SU GLORIA. Expresión que el alteño dice cuando se refiere a alguna persona que ha muerto, deseándole bienaventuranza para su alma.

QUEDAR A LA CUARTA PREGUNTA. Cuando a una persona, en la época colonial, que aspiraba a un puesto en la burocracia se le examinaba con base en ciertas preguntas, y en la cuarta se le interrogaba sobre su situación económica, generalmente precaria para aquéllos que buscan empleo, resultaba muy embarazoso responderla. Ahora se dice eso de quien anda en la cuarta pregunta.



*En estas cumbres, a veces, vientos fríos y lluvias largas.
La tarde apaga las palabras y sale uno nomás a ver si pasa alguna gente.*

QUIÉN TE LO MANDA. Forma de reprochar a alguien su descuido, flojera o culpa por un perjuicio que pudo haber evitado si hubiera seguido los consejos o las reglas establecidas.

QUIMIL. Palabra de origen náhuatl que significa «altero o montón» de cualquier cosa.

QUITADO DE LA PENA. Falto de preocupación, sin prisas ni temores.

SACAR CANAS VERDES. Dar penas y preocupaciones constantes a los padres o cualquier autoridad.

SACAR EL MOLE: voz coloquial usada por muchachos con la que se da a entender que alguien sangró, ya sea por un accidente o por un golpe recibido.

SACAR LOS TRAPITOS AL SOL. Forma común entre los mexicanos de decir que se sacaron a luz algunos hechos o defectos de una persona que hasta ese momento permanecían ocultos.

SALIR CON DOMINGO SIETE. Se dice de una persona que defrauda a otra al no cumplir una tarea que se le encomendó, o bien ofrece una respuesta que no tiene qué ver con la pregunta.

SALIR CON UNA Y UN PEDAZO. Es semejante a la anterior, sólo que en ésta se refiere a un resultado incompleto que no satisface al que ordenó la tarea.

SALIR EL TIRO POR LA CULATA. Se usa para dar a entender que el resultado de una acción se convierte en perjuicio para el mismo que la ejecutó.

SALUDAR CON SOMBRERO AJENO. Frase que se aplica a aquél que trata de quedar bien adjudicándose todo el mérito de una acción realizada por varios.

SALVARSE DEL RAYO, PERO NO DE LA RAYA. Forma de decir que lo único que no tiene remedio, lo único seguro, es la muerte. En eso consiste la raya que nadie podrá evitar, aunque a veces se llegue a salvar de los efectos mortales de un rayo.

SANGRE DE ATOLE. Se dice de una persona pasiva a quien nada

le incomoda y nada le ofende; por tanto, muy difícil de hacerla enojar.

SANGRE PESADA. Se aplica a la persona desagradable y antipática que es rechazada por los que la rodean y por ello le es muy difícil hacer amistad con otros.

SE FUE AL OTRO BARRIO. Con esta expresión de alto contenido de burla y falta de respeto se daba a entender que alguien había fallecido.

SEMILLÓN. Sinónimo de flojo, holgazán. Eufemismo que se usa en tono severo para no decir «huevón».

SIN BRIZNA DE VERGÜENZA. Esto va para quien no se avergüenza de nada ni le importa que lo tengan en mal concepto por la forma impropia de comportarse.

SIN OFICIO NI BENEFICIO. Se dice de la persona que está de ociosa permanentemente, y que no hace ningún esfuerzo por realizar alguna acción de provecho.

SIN PENA NI GLORIA. Quiere decir que las acciones de una persona son tan inútiles como inofensivas; es decir, que no son ni buenas ni malas.

SIN PIES NI CABEZA. Así se califican las acciones que se ejecutan sin un propósito definido, que no tienen utilidad alguna, que no se sujetan a ninguna regla o que se apartan de lo que dicta la razón.

SURUMATO. Persona tonta, ignorante o carente de habilidades para realizar una acción determinada.

TAPAR EL OJO AL MACHO. Simular para cubrir las apariencias o para tratar de ocultar algún defecto, error o daño ocasionado a otra persona.

TENER MALA IDEA. Tener mala voluntad a alguien, con razón o sin ella.

TENER PIS-PIS. Frase coloquial con la que se quiere dar a entender que alguien tiene miedo.

TODA PONDERACIÓN ES POCA. Frase para expresar incredulidad acerca de una conducta incorrecta o de un suceso desagradable; quiere decir que el que observa tal conducta o ejecutó dicha acción no respetó los límites máximos para el caso y es inútil tratar de buscar atenuantes para reducir la gravedad de la falta.

TOMAR LAS DE VILLADIEGO. Esta frase con toda seguridad es de origen español y da entender que alguien se ausentó inesperadamente de un lugar para huir de algún peligro o compromiso serio. Villadiego es un pueblo de la provincia de Burgos, en España, que probablemente era un pueblo sin ley, pues en él se refugiaban los delincuentes de otros lugares.

TRAER DE LA GAMARRA. Ejercer control muy rígido sobre otra persona, vigilando sus acciones, doblegando su voluntad para que no haga más que lo que interesa al que ejerce tal control; se aplica en sentido figurado del jinete que domina a su cabalgadura tirando de la gamarra.

TRIFULCA. Riña, pleito, camorra entre varias personas.

TURULATO. Quedar estupefacto por un suceso impresionante o inesperado.

VENIR GUANGO. Forma un tanto irresponsable y majadera que algunas personas usan para manifestar su desprecio por las consecuencias que les puede acarrear la violación de una regla o la comisión de un delito.

VER MOROS CON TRANCHETE. Expresión española muy antigua, probablemente de la reconquista, cuando los pueblos vivían temerosos del ataque de los moros; se aplica a personas excesivamente desconfiadas, que viven con el temor de que los demás los engañen en cualquier circunstancia en que sus intereses estén de por medio.

VERIJÓN: calificativo despectivo y grosero que se aplica a las personas perezosas; se usa como eufemismo para no decir «huevón».

VESTIDA Y ALBOROTADA. Modismo ranchero que se aplica a aquél que después de haber sido entusiasmado con una acción que le

interesa, a fin de cuentas no se le cumple, o no se le dan los medios necesarios para que él mismo ponga en práctica su propósito. **VOLVERSE OJO DE HORMIGA.** Retirarse de un lugar repentinamente y sin dar aviso a los presentes, o esconderse para que no lo encuentren después de haber cometido una falta.

YA NI LA AMUELAS. Otra frase coloquial para censurar a alguien por una acción inconveniente que cometió.

ZARZO. Artefacto hecho de varas o de algún otro material que las mujeres del rancho usan en las cocinas para guardar el queso u otros comestibles que pueden ser devorados por los ratones o por otros animales domésticos.

ZOQUITE. Palabra de origen náhuatl que se usa para para designar el lodo o barro que se forma en los caminos con la lluvia, o que existe en otros lugares fangosos.

ZURRAR. Defecar, desahogar el vientre. También suele usarse en sentido figurado para indicar que alguien está poseído de mucho miedo. Ejemplo: «me sacaron tamaño susto que ya me andaba zurrando en los calzones».

Como nota final

Del estudio y estupenda colección de modismos y expresiones del lenguaje alteño que Trinidad Padilla Lozano ha traído a esta revisión sumaria del lenguaje popular de Jalisco, se quiere insistir en su exhaustivo trabajo, con la recopilación de más de mil frases de rumbos y tiempos distintos de aquella región, de las cuales se transcribieron a estas páginas apenas una mínima selección.

También es necesario señalar que de cada expresión el autor da un ejemplo de su uso familiar en los términos en que son usadas, con el candor, la ironía o la picardía de los campesinos. Se omitieron muchos ejemplos por no dejar que lo que corresponde a una región supere en mucha mayor extensión a lo que se dice de otras. Pero una vez más se quiere decir que sería muy importante y valiosa la edición por separado de este estudio de Trinidad Padilla Lozano.

VIEJAS RAÍCES CON RETOÑOS NUEVOS

Junto a las palabras venidas al habla popular por generación espontánea, puede hablarse extensa y bellamente de los vocablos de origen náhuatl, que tienen como ninguno otro de los que componen el vocabulario familiar, un fondo poético, un mundo fascinante de hermosas sugerencias.

Conviene establecer, ante todo, la adecuación fiel que las palabras incorporadas del idioma indígena tienen, con el objeto o lugar al que se refieren. Hay una razón íntima, hay una identidad sustancial entre la palabra y la cosa, entre la persona o lugar que ella designa.

Cuando hablamos de *mecapal*, *petate*, *cacaixtle*, *chincual*, *temoloaste*, y otras mil palabras que corrientemente se escuchan en la conversación del pueblo, pasamos por esos términos sin ahondar en su significado, sin entender su razón de ser, sin preocuparnos de la intención tan bien fundada con que fueron construidas.

En los nombres que ordinariamente se dan a las personas, no se tuvo en cuenta ningún motivo especial. Quien se llama Antonio, Pedro o Francisco, del mismo modo pudo llamarse Jorge, Andrés o Ignacio. En el náhuatl sucede de modo muy distinto. El nombre corresponde exacta y fielmente a ciertas características, oficio o habilidades de la persona.

Bien vale recordar la historia de Luis Antonio González Rubio. Nos dice este autor que en una de sus andanzas en la zona huichola, poco antes del anochecer, tuvo que recorrer caminos escabrosos, barrancas hondas, peñas enfurecidas con oleaje de roca; que bajaba por una de aquellas laderas, torciendo y doblando entre la vegetación y los peñascos duros, igual que una víbora que tuerce y dobla por un terreno escabroso. El pueblo huichol que lo esperaba al fondo lo vio bajar y captó la imagen, interpretó la figura de aquel amigo y le dio su nombre, lo bautizó en consenso de la comunidad con el nombre que convenía a aquel arriesgado saltar y salvar el escabroso terreno. Lo llamaron y lo llaman *Ku*, que quiere decir culebra. Así tuvo él un inspirado bautismo de su relación con aquellas comunidades, y así firma en sus trabajos de investigación y de apariciones musicales: Luis Ku.

Lo que se dice mediante el nombre de una persona, se dice también con estricta correspondencia con los nombres de lugares, cuya significación

abre un horizonte, da configuración exacta, despierta un campo de sugerencias, explica y da la razón por la cual el sitio fue llamado así. Ordinariamente las palabras se forman de dos raíces o términos que combinados entre sí dibujan las características del lugar.

Quienes estudian la geografía y buscan las huellas del pasado, no pueden pasar por alto la conformación topográfica de cada lugar, no pueden desentenderse de lo que quedó descrito en documentos y testimonios de la historia.

Viene al caso con relación a los pueblos donde se situó la cazcania, el territorio de indígenas que se desmembraron de la peregrinación que bajó de Chicomostoc y se fueron esparciendo por los cauces del río, formando núcleos de población con el nombre que las características del entorno daban al sitio. Por ejemplo, hay un punto llamado Coculitén (*Cocolitlan*), que quiere decir, «lugar de la riña». Esto hace pensar que hubo lucha, que hubo discordia entre los indígenas al disputarse los lugares que consideraron más ventajosos para quedarse.

Y unos aquí y otros allá, se citaron más adelante, allá, «junto al cerro de la espera» (*Tepechiztlan*), donde surgió el Tepechitlán de ahora. Se complacieron otros de la abundante pesca que encontraron en los recodos del río, donde hasta «se pesca con la mano» (*Momaci*), que eso quiere decir Momax.

Aquellos otros se complacieron de la frescura de unas hierbas que los atrajeron al principio por su lozanía, pero ya establecidos en el lugar, se dieron cuenta de que eran unas hierbas amargas. Esto fue el hoy Talesteipa (*Tlaliztauhpan*), que quiere decir «en la tierra del estafiate».

Tlaltenango (*Tlaltenanco*) quiere decir ciudad amurallada, o en la muralla o albarrada de tierra; ahí se quedó un grupo de caminantes disfrutando la bendición del río; ahí está la actual población de ese nombre.

Es el propósito de traer hasta aquí los nombres de los pueblos con semejanza de vida, de paisaje y de condiciones naturales que se localizan al norte de Jalisco y sur de Zacatecas; mediante ellos se muestra la fuerza que tuvieron aquellas viejas raíces indígenas, con las cuales se dio bautizo a los lugares geográficos de la región. Se consultan para el caso a peritos nahuatlato.

APOZOL. En su forma correcta, de su origen, se dice *Apozolli*, que quiere decir «agua espumosa»; expresión que conviene a los manantiales de agua caliente o sulfurosa que se localizan en las inmediaciones de esta población.

ATOLINGA. En náhuatl se dice *Atolincan*, que quiere decir «lugar de juncias», espadañas; refiriéndose con esto a una clase de plantas que se dan en lugares pantanosos y tienen la forma de lanza.

CANJILÓN. Nombre de un cerro y un antiguo poblado cerca de Atolinga, Zac. Se dice en náhuatl *can xilonem*, que significa «donde estuvo la diosa del maíz tierno»; esta expresión sugiere la imagen campesina de milpales cuando están jiloteando, y las hojas que como listones verdes airean blandamente a la diosa del maíz tierno.

CHIMALTITÁN. Parece ser que este nombre hizo dudar a muchos nahuatlato sobre la significación que algunos le daban, como «lugar escudado», hasta que el reconocido nahuatlato de Tuxpan, Jal., Pbro. Melquiades Ruvalcaba, la explicó como penacho, morrión, por un cerro con esta apariencia a cuyo pie se quedó el pueblo.

JUCHIPILA. Población asentada a pocos kilómetros de esta ciudad, en el fondo del cañón de su nombre y en una planicie de tierras fértiles que en todo tiempo presentan la hermosura de sus huertas, cañaverales y jardines. Su forma náhuatl, *Xochipilla*, quiere decir «lugar de florecillas».

MEZQUITIC. Su nombre quedó igual y quiere decir «en el interior de los mezquites»; como sugiriendo que el pueblecillo escondido en el recodo de altos peñas y soberbias cumbres, tiene todavía una vida más interior, la que tiene y gusta a la sombra de sus mezquiteras, con el temblor de la espumilla verde de su fronda.

MOMAX. Población del estado de Zacatecas, cerca de Colotlán, situada al borde de uno de los siete ríos que se ramifican en la

región, y que uniendo sus caudales originan el importante río de Bolaños. El término *Mo maci* significa «donde se pesca con la mano», posibilidad que tuvieron los pueblos que se asentaron en los márgenes de estos ríos y que sin duda fue mayor en Momax. TEMASTIÁN. Pueblo de Jalisco donde ahora se yergue un hermoso santuario que es como una flor en el desierto. El término *Temaxtiani*, significa maestro, denominación que proviene de los lejanos tiempos en que maestros misioneros pusieron las raíces de la obra cultural y social que habría de consumir el padre Julián Hernández Cueva.

TEPECHITLÁN. *Tepechiztlan* significa «junto al cerro de la espera»; expresión poética que bien pudo originarse de la condición que tuvo este lugar en el cruce de caminos, después de bajar la Sierra de Morones y antes de penetrar a las profundas barrancas que comienzan a descender hacia el Cañón de Bolaños.

TEÚL. Del náhuatl *Teotl*, «lugar de dios», nombre que corresponde a la importancia religiosa que como centro de adoración de la región tuvo este antiguo pueblo que no ha perdido su señorío y el perfil de su alcornia. Tello habla de un ídolo grande de oro en el peñón que se levanta al fondo de la población, todavía con graderíos y piedras labradas que están perdiéndose por el descuido y la ignorancia.

TOTATICHE. Viene del náhuatl *Totaticchan*, que quiere decir «en la casa de mi padre». El título, en expresión tan amorosa, corresponde al establecimiento de algún patriarca, hombre benefactor, entrañado sostén y guía de aquellas gentes... (¿No pudo ser el prenuncio misterioso de quien habría de dar nombre a la pléyade: «Cristóbal Magallanes y 25 compañeros mártires»? De este lugar fue el sacerdote en cuestión). Acaso también haga referencia a que arriba de su cerro, el Petacal, se dibuja claramente un fraile salido de la roca.

De las toponimias de aquellos rumbos, donde parece que se han conservado con más pureza y fidelidad el trazo que los pueblos y las comunidades tuvieron desde su lejano origen, hizo el padre Nicolás Valdés un estudio de los lugares y los nombres, tantos originales como actuales, de la toponimia y el significado que les corresponde.

Del original de aquel estudio, parece interesante conocer y publicar lo que esperó por tantos años este momento para salir a luz.

- ACASPOL: *acaxpol*. El cajete de agua.
- ACASPULCO: *acaxpolco*. En el estanque del agua.
- ACATEPULCO: *acatenpolco*. En la orilla grande de las cañas.
- ACHIMEQUE: *achimec*. En el maguey de la simiente.
- ATISESEC: *atllicécec*. Agua fría.
- ATOLOAQUE: *atolloac*. En el agua como atole, (sucía).
- ATOTONILCO: *atotonilco*. En el agua caliente.
- AXUCHIAQUE: *axochiac*. En el agua de las flores acuáticas.
- AZQUELTÁN: *azcaltlan*. Junto a la casa de las hormigas.
- CAMOTLÁN: *camotlan*. Lugar de los camotes.
- COAMIATA: *coamitlan*. Lugar de las zarzamoras.
- COCOAXCO: *cocoachco*. En la simiente u origen de las tórtolas.
- CUENCAMÉ: *cuencame*. Los que tienen mejillas arrugadas.
- CUITATERO: *cuitlahua*. El que tiene o lleva suciedad, excremento.
- CUIXCO: *cuixco*. En los milanos.
- CHACUILOCA: *tzacuilocan*. Allí donde se atrasan.
- CHAPALAGANA: *chapalancan*. Donde chapalea el agua.
- CHIGÜITÓN: *chiagüiton*. La pequeña ciénega.
- GUAZAMOTA: *huazan motla*. Donde se halla cierto garbanzo.
- GUAYNAMOTA: *hueinan, motla*. Donde se halla la abuela.
- HUAJIMIC: *huaximic*. Árbol de guaje seco.
- HUILACATITÁN: *huilo caltitlan*. Junto al palomar.
- HUILOTÁN: *huilotlan*. Lugar de las palomas.
- HUEJÚCAR: *huexocar*. Donde hay sauces.
- HUEJUQUILLA: *huexo canton*. El lugarcito de sauces.



*Dije a mi madrina: después me cuenta toda la historia.
Ahí anda un hombre sacando retratos en la calle, debo recogerme a mi casa.*

- HUACAXCO: *huacaxco*. En las vacas.
- IXTEPEC: *ixtépetl*. Enfrente del cerro.
- JUANACATIC: *xonacaitic*. En el interior del cebollar.
- JALPA: *xalpan*, *sobre*. Encima de la arena.
- JALOCO: *xalocoatl*. Agua del pino real.
- JUANTON: *ixhuaton*. La pequeña palma.
- MAMATLA: *mamatla*. La pequeña red.
- MECATABASCO: *mecat-abasco*. Hilera de plátanos roatán, o sogas de Tabasco.
- NOSTIC: *nochitic*. En el interior de los nopales.
- PATAGUA: *patláhuac*. Lugar ancho o extenso.
- PETACAL: *petlacalli*. El cofre.
- PIZOTITA: *pit Zotitla*. Donde hay muchos puercos.
- POCHOTITLÁN: *pochotitlan*. Junto a las ceibas o lugar de ellas.
- POPOTITA: *popotitla*. Donde hay mucho popote o escobas.
- TEMAZA: *temázatl*. Agua del temazate.
- TEMOAYA: *temalóyan*. Lugar de baños termales.
- TENZOMPA: *tentzompan*. Lugar de breñales.
- TEOCALTICHE: *teocaltichan*. Lugar del templo.
- TEPACHOCA: *tepachocan*. Lugar de gobernar o de apedrearse.
- TEPEC: *tepec*. Frente al cerro o montaña.
- TEPETITLÁN: *tepetitlan*. Entre los cerros o montañas.
- TEPETONGO: *tepetonco*. En el cerro pequeño.
- TEPIZUAC: *tepitzhuaque*. Los que tienen cosas duras.
- TEPULICHE: *tepulichan*. Lugar de piedras grandes.
- TEUCHITLÁN: *teochiuhltan*. Lugar de orar o bendecir.
- TLALCOSAHUA: *tlalcozahuia*. Donde amarillea la tierra.
- TOCATIC: *toicatic*. En el interior de las arañas.
- TOLIMICA: *tollimican*. Lugar donde se acabó el tule.
- TONILCO: *atonilco*. En el agua desbordada.
- TOTOLCO: *totolco*. Lugar de gallinas.
- TOTUATE: *totoatl*. En el agua de los pájaros.

TULIMIC: *tollimic*. El tule seco.

TUITLÁN: *tohuítlan*. Junto a las avecillas.

YATICUATA: *yeticoatl*. En la culebra pesada.

Para quienes conocen la región a la que pertenecen los villorrios, pueblos y aldeas cuyos nombres fueron recogidos en esta investigación, el conocer su grafía y sobre todo su significado puede resultar de sumo interés. Quienes no tienen relación con aquella parte donde la geografía de Jalisco se entrelaza con la de Zacatecas, pero tienen inquietud e interés por la presencia indígena en nuestro lenguaje, pudieron gustar y gozar en esta relación de nombres aquella vieja savia que proviene de raíces escondidas, y que retoña en las palabras que se nos han quedado.

Se debe recordar al padre Nicolás Valdés, originario de Villa Guerrero, y debe ser considerado benemérito de la región norte de Jalisco, ya que en su estudio dedicó el mayor empeño de su vida. Aparte de las monografías sobre Bolaños y los dos tomos sobre Villa Guerrero, reunió un caudal de términos populares, expresiones, vocablos característicos de aquella región y una serie de ponderaciones en notas sueltas sobre la riqueza del habla campesina, el toque poético, la sutileza, el sentido figurado, la cortesía y exquisita manera en que se dicen las cosas entre ellos.

Lo que se dejó en las palabras originadas del náhuatl es apenas una muestra de lo que poseen nuestros pueblos, en esos vocablos traídos directamente de nuestros antepasados. Lo cierto es que en el recodo de nuestra sangre se esconde vivo el espíritu, la sensibilidad y la gracia de la cultura nahua; lo cierto es que respiramos una tradición, una raigambre histórica, un fluir étnico comparable y en cierto modo superior a lo que nos dieron Lacio o Grecia, cunas del latín y del griego.

Importa dar un sitio de honor a nuestra lengua autóctona, considerada tan perfecta en su estructura, tan sólida en sus conceptos, tan rica en sus posibilidades líricas. El estudio de las raíces viejas, el acceso al pensamiento y la producción literaria de los poetas nahuas consolidaría con firmeza, con propiedad y con gallardía íntimamente nuestras, las bases de la cultura mexicana.

CHÁNTALA, ÑERO, VAMOS A VICENTEAR ACÁ

Nada hay más huidizo y resbaloso que el lenguaje. Nada más efímero y volátil que las palabras. Vienen con los tiempos y con los tiempos pasan, vienen con cada generación y con cada generación se van diluyendo en el viento.

Como una criatura con vida, el lenguaje nace a veces en buena cuna, a veces en el callejón oscuro del barrio, o entre la basura y las cebollas podridas de un mercado. Con un aliento misterioso las palabras cobran vida sin que nadie pueda decir el cómo, el quién o el dónde.

Por supuesto, se habla del lenguaje del pueblo, no del que viene por consenso de los académicos, o se dibuja y construye por generación venida de los rumbos nobles donde el lenguaje castellano tuvo su asiento. Ese tiene un sello, un rango aparte. El lenguaje de la gente, el que se oye decir en los bajos fondos tiene otra naturaleza, que consiste cabalmente en su origen incierto, en su uso más prolongado o más efímero, en su desaparición en el cementerio a donde van a caer las mariposas muertas.

Pero ese lenguaje nacido en el hampa, en las pandillas revoltosas que espantan a los vecinos, tiene fuerza y colorido, tiene expresión y vigor como lo puede tener el lenguaje más refinado y mejor construido.

Una palabra nacida en la noche de intemperancia, a la luz de las estrellas porque antes fueron apedreadas las lámparas del alumbrado público, puede recoger la hazaña de unos pandilleros que anduvieron grafitando los muros de una casa, y puede decir más que la expresión refinada y bien tramada en lecciones gramaticales.

Pero también sucede que estas palabras son cambiantes y huidizas, con una inconsistencia que nadie puede precisar. El lenguaje de las chusmas callejeras equivale a la sombra-luz de unos juegos fátuos, a la «galana pólvora de los fuegos de artificio», a las arenas movedizas que llevan por rumbos inciertos a quien quisiera hacer un estudio a fondo de esta forma de comunicación.

Con todo, no podían faltar, en esta visión del habla popular de Jalisco, una referencia apurada a los términos en que se comunican *los chavos*, sabiendo de antemano que muchas de las palabras que aquí se escribirán, quizá ya caducaron, ya se perdieron en el recuerdo de lo que otros dijeron hace unos cuantos años, mientras cada día nacen nuevos términos, afloran nue-

vas creaciones en ese fluir incontenible del lenguaje callejero. Estas son las palabras y su significado:

A BAILAR EL OSO. A pelearse.

A PLANCHAR OREJA. A dormir.

AGUAS CON LA CHOTA. Cuidado con la policía.

ANDAR EN L'AGUA. Andar borracho.

CHÁNTALA, ÑERO. Cálmate, espera, compañero.

DE A DEVIS. De verdad, es cierto.

DE GORRITA CAFÉ. Interesado, gorrón.

ÉCHATE UN ATRAVESADO. Cómete un taco.

EL ESCÚPELE MUCHO. El jefe.

ÉSELE, NIS, VAMOS A VICENTEAR A TU JAÑA. Amigo, vamos a ver a tu hermana.

ÉSELE NORSE, ORA SÍ ANDA DE PARAFINA Y HASTA PETATEADO.

Ese amigo ahora anda bien vestido y hasta mariguano.

ESO ES UNA PIÑA. Eso es mentira.

FIRULILLA. Centavos, cambio.

JÍCAMAS. Listo, vamos a hacerlo.

LA BUCHACA. La boca.

LA CHOMPETA. La cabeza.

LAS BAISAS. Las manos.

MARMAJA. Dinero.

MOVER BIGOTE. Comer.

NO SOY GILBERTO. No soy tonto.

PEDALES O REMOS. Pies o piernas.

PONTE EL CHILLÓN: enciende el radio.

SÓPILAS, ÑIS, PÁSATE LA JUANA. Ándale, pásame la mariguana.

TALONEARLE. Trabajar.

TACUCHE. Traje.

TE VOY A DEJAR COMO CHILAQUIL. Te voy a dejar golpeado.

TU CHAVACANA ESTÁ RE JIÑOSA. Tu novia anda muy sucia.

UN BARO. Un peso.

UN CHAVO. Un chamaco.

UNA CHEVE. Una cerveza.

UNA RUCA. Una vieja.

VOY, A ESE ÑERO LE BUFA EL RIEL. A tal amigo le huelen los pies.

VOY A TOSER. Me toca a mí.

YA MANÍS ME ANDAN FALLANDO LOS CASCARROS. Mira, amigo, se me andan acabando los zapatos.

Y como final de fiesta, a modo de colofón y luego de tan largo pero ciertamente gozoso merodear por el modo de hablar de nuestro pueblo, un párrafo final, construido a la manera de los chavos de la vecindad:

Chale, ñeros: ya ha de andarles zumbando la chompeta, como si se la hubieran petateado; y todo por aguantar esta jiñosa habladera que sabiendo que somos bien gilbertos, nos exigió el escúpele mucho. Por ai los vidrios, ñeros; salucita a todos y hasta no verte, petronilo...



Lic. Francisco Javier Ramírez Acuña
Gobernador Constitucional del Estado de Jalisco

Lic. Héctor Pérez Plazola
Secretario General de Gobierno

Sra. Sofía González Luna
Secretaria de Cultura

Arq. Salvador de Alba Martínez
Director General de Patrimonio Cultural

Sra. Patricia Urzúa Díaz
Directora General de Fomento y Difusión

Lic. Luis Manuel Cadavieco Alarcón
Director de Publicaciones

Lic. Ignacio Bonilla Arroyo
Director de Culturas Populares

Sr. Luis Antonio González Rubio
Coordinador Académico del Proyecto
«Las Culturas Populares de Jalisco»



MODOS DE HABLAR EN JALISCO

se imprimió y encuadernó en agosto de 2004

en Servicios Editoriales de Occidente, S.A. de C.V.

Pino Suárez 169, Zona Centro, 44100 Guadalajara, Jalisco.

El tiraje constó de 2 000 ejemplares.

Diseño editorial: Avelino Sordo Vilchis ~ *Composición tipográfica:* RAYUELA, DISEÑO EDITORIAL ~
Fotografías: Luis Sandoval Godoy [excepto portada, de ASV] ~ *Cuidado del texto:* Felipe Ponce/Luis
Antonio González Rubio ~ *Fotocomposición:* EL INFORMADOR.

MODOS DE HABLAR EN JALISCO

En esta obra sobre el lenguaje popular de Jalisco, Luis Sandoval Godoy, zacatecano-jalisciense, nos hace dar un recorrido entre palabras y frases que fueron y siguen siendo fundamentales para transmitir nuestros estados de ánimo, nuestras impresiones, nuestras alegrías y nuestras decepciones. Con ritmo y sentimiento, Luis Sandoval Godoy ha sabido recopilar las voces vivas y sus entonaciones adecuadas, con esa picardía y sinceridad que se pueden advertir siempre que un jalisciense habla con orgullo y con la frente en alto.



EL INFORMADOR
DIARIO INDEPENDIENTE

CONACULTA
CULTURAS POPULARES E INDÍGENAS


EDITORIAL AGATA

